BOLSILIBROS BRUGUERA

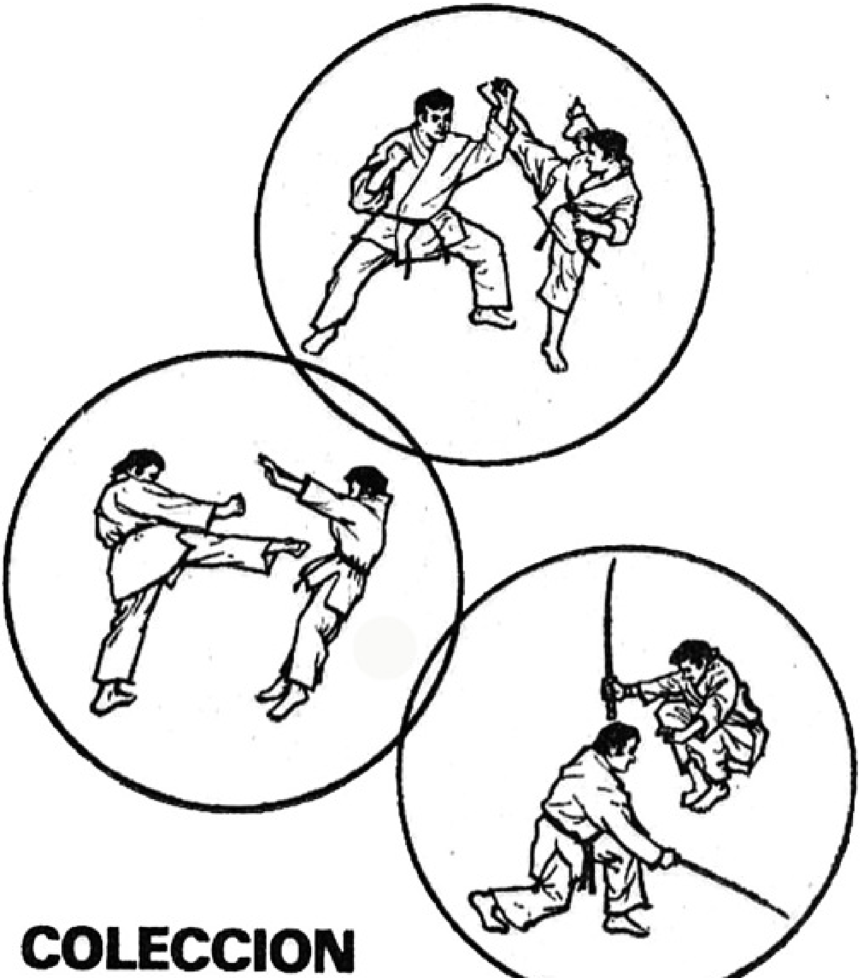
¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

ASUSTADOS COMO CONEJOS





COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

ASUSTADOS COMO CONEJOS
(M. P. SAVAGE-16)

Colección ¡KIAI! n.° 60
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

55. — Muerte vestida de oro —*Curtis Garland*

56. — La careta —*Clark Carrados*

57. — El jardín de los suicidas —*Curtis Garland*

58. — El dólar lo puede todo —*Ralph Barby*

59. — El vuelo del águila —*Lou Carrigan*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 46.987 — 1977

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDOKAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El césped formaba una alfombra tupida bajo sus pies desnudos. Notaba su humedad y le resultaba muy agradable. A Moses Pacific Savage siempre le había gustado notar el contacto de la tierra, la hierba, el agua, las rocas, la arena; la Naturaleza misma. Era como si al quitarse los zapatos o las botas se liberara de un aislante que le separaba de la madre tierra, a la que se sentía unido.

Había aprendido a ser parte de la tierra misma desde la infancia, porque, desde la más tierna niñez, tuvo *senseis* que le enseñaron a amarla, pero no sólo a las tan traídas y llevadas puestas de sol, a la gran luna o a una montaña escarpada e inaccesible, sino que también le habían enseñado a amar a una simple brizna de hierba, a un insecto con todas sus posibilidades, a un caballo o a un perro o al mismísimo tiburón.

La filosofía oriental le había enseñado a amar su entorno porque cada uno de nosotros pertenece y forma parte de ese entorno. «Polvo eres y en polvo te convertirás», dice la religión cristiana, sólo que los occidentales parecían haberse desarraigado un tanto de la tierra. Zapatos duros, poco flexibles, asfalto y piedra bajo los pies, edificios, erradicación de la Naturaleza alrededor del hombre. Por ello, poco a poco y penosamente, los movimientos ecologistas tomaban auge en un mundo artificial y caótico.

La filosofía oriental se resistía a menospreciar la Naturaleza, pese a la avanzada civilización tecnológica. En cada casa japonesa, por modesta y pequeña que fuese, podía encontrarse un jardín aunque fuera en miniatura, con un árbol enano, un verdadero *bonsai* con roquitas y algo de agua. Tierra, roca, vegetación agua, toda una simbología a la que los japoneses se negaban a prescindir. Vivir en un apartamento donde faltaran estos elementos podía significar un tormento para la exquisita sensibilidad nipona.

Savage vestía su judogi morado violeta con la flor del pensamiento bordada en oro en la espalda. Sujetando su judogi, un cinturón negro sin pasadores, apto para distintas Artes Marciales Orientales que Moses Pacific Savage practicaba como verdadero budoka que era.

En cada una de las especialidades poseía varios dan; mas prefería

no utilizar los pasadores correspondientes, aunque su singularidad quedaba siempre marcada por el judogi de color violeta que utilizaba; un judogi que no habría sido aceptado en ninguna competición oficial de judo, karate, Tae Kwan Do, aikido o kendo, pero a Savage no le importaba porque él no se presentaba nunca en las competiciones oficiales.

Como budoka era excepcional; por ello y, pese a su propia opinión, se le conocía por el Star-Budoka.

Según en qué circunstancias, aceptaba efectuar algunas demostraciones.

Alto, erguido, arrogante, bajo un sol espléndido, parecía un ser arrancado de otros tiempos. Cabello negro, espeso, lacio y muy duro, peinado al estilo oriental con fleco sobre la frente; sin embargo, analizando su rostro, no se podía asegurar que Moses P. Savage fuera un oriental y tampoco un total occidental.

Sus ojos grandes, algo almendrados y de un verde brillante, controlaron a sus adversarios. Eran ocho y le circundaban por completo.

Lo mismo podía ser atacado de frente y en vertical con un terrible puñetazo entre los ojos en un perfecto *Tate-Zuki* que con un *shuto-uchi* en mitad de la columna vertebral que podía partírsela con un terrible ataque de la *mano cuchillo,* sin olvidar que una *ashiga— tana* a los riñones, propinada por uno de los individuos situados a sus flancos, podía ser definitiva para ponerle fuera de combate. La *ashigatana,* bien colocada, era temible. El puntapié, con toda la fuerza de la pierna, con todo un cuerpo tras el pie, podía destrozar el riñón atacado y así otros golpes de karate o Tae Kwon Do, sin olvidarse de los judokas que podían aplicarle una estrangulación o cuando menos una inmovilización, si es que lograban hacer presa en él.

Adoptó la postura *Zenkutsu dachi.* Giró luego sobre sí mismo, manteniendo la misma actitud defensiva, piernas y pies separados y manos a punto para defender o atacar, cambiando las posiciones de éstas para no ofrecer puntos débiles.

Su cuerpo no estaba rígido en absoluto. Basculaba sobre el pie izquierdo y el derecho, de tal forma que al fallar Uno de los pies su peso recaería inmediatamente sobre el otro pie y viceversa, de modo que no podía perder el equilibrio y caer, lo que habría significado el fin.

—*¡¡Kiaiii!!* —lanzó uno de los jóvenes karatekas, lanzando un *shuto-uchi* con la zurda que Savage detuvo con su antebrazo; pero sabía que el primer golpe de la *mano cuchillo* sólo era para despistarle, porque, de inmediato, entraba una *mano espada* en dirección a su cuello, por debajo de la otra mano y en línea horizontal.

La *tegatana* se perdió en el vacío. Savage tomó la mano del

atacante, en *tegatana,* suavemente con su zurda; se situó de costado y se apoyó con la punta del pie izquierdo. Alzó el pie y pierna derechos y le aplicó la *Hane-Goshi o cadera alada,* volteándole en un perfecto *ippon,* suficiente para dar por vencido a su rival en un combate oficial.

—*¡¡Kiaiiii!!*

Un *kiai,* luego otro…

Los ataques le vinieron en todas direcciones y tuvo que emplearse a fondo. Talones, codazos, detenciones con el antebrazo, volteo de hombros, saltos de Tae Kwon Do, más para escapar de un terrible golpe que para atacar. Savage se había propuesto deshacerse de sus adversarios sin dañarles en profundidad, aunque ellos sí sé empleaban con toda su energía, con todo el *ki* que brotaba de lo más hondo de sus entrañas.

La desigual lucha numérica semejó quedar equilibrada por la gran habilidad de M P, Savage. Sólo se veía su judogi morado-violeta, bien centrado, mientras los judogis blancos volaban en todas direcciones, lo mismo por lanzar golpes fallidos que por ser proyectados con la técnica y habilidad de Savage, que no lanzó un solo *kiai.* Sus *kiai* eran silenciosos; unos *kiai* que no se podían oír, pero el que recibía el impacto de su *kiai* y veía venir el ataque (si poseía la agudeza visual suficiente para verlo venir), se le erizaban los pelos de todo el cuerpo. Savage estaba haciendo, sólo, una demostración en el East Memorial College, en su campo de deportes, sin utilizar tatami, sobre el bien cuidado césped y con un pequeño grupo de público que no rebasaba las doscientas personas.

En uno de los asientos de primera fila, entre los espectadores, se hallaba McMiller, gran amigo suyo e instructor de Artes Marciales Orientales en la sección deportiva del East Memorial College. Por él había accedido Savage a aquella demostración. Varias docenas de jóvenes judokas que aún no habían llegado al cinturón negro, observaban atentos la actuación del admirado Star-Budoka, el gran reportero *free-lance* que era Moses P.

Savage, del cual su instructor McMiller les había hablado en innumerables ocasiones.

M. P. Savage se deshizo al fin de sus ocho atacantes, demostrándoles su constante y perfecta preparación, de tal forma que no se le podía coger desprevenido ni aunque le atacaran por la espalda. Era como si poseyera ojos en la nuca y el secreto estaba en sus continuas evoluciones cambiando de posición constantemente, de forma que siempre controlaba sectores diferentes y nunca siguiendo un mismo orden, como un reloj, para que no pudieran esperar los atacantes en la siguiente posición. En realidad, esta efectividad la conseguía introduciendo algunos de los movimientos del Kung-Fu a una sutil mezcla de Tae Kwon Do, judo y karate. Aquella fusión de

técnicas no era ortodoxa, pero sí muy eficaz cuando se trataba de luchar, solo, contra un número superior a cinco adversarios.

Savage recibió un aplauso cerrado por parte de los espectadores, la mayoría de los alumnos de McMiller. Después, entró en meditación, manteniéndose erguido con los pies separados entre sí, en línea horizontal.

Cruzó los brazos delante del estómago y así se mantuvo hasta que notó una cosa dura y cilíndrica que se apoyaba en su nuca.

Abrió los ojos y delante de él descubrió a un sujeto armado con un *bo* (1) e indudablemente debía saber manejarlo, y a otro que estaba armado con un cuchillo de monté. El momento era difícil. Tenía el cañón de una pistola «Parabellum» 38 contra la nuca y, delante de él, a sendos budokas, uno con un *bo* y el otro con un cuchillo. ¿Qué hacer?, se habría preguntado cualquiera en aquellas circunstancias, unas circunstancias con las que, por otra parte, podía encontrarse el ciudadano de cualquier gran metrópoli del mundo capitalista donde el asalto en las calles por los grupos marginados era una situación demasiado frecuente.

(1) Bo, bastón de roble u otra madera dura. Puede ser de diferentes longitudes, oscilando entre los 120 y 50 centímetros. (N del E.)

Savage entró en acción. Todo su cuerpo, desde las puntas de los pies hasta el cabello mismo, actuaron en forma coordinada.No era la acción de pánico en la que podía entrar cualquier persona. En una situación semejante, Savage no tenía ni qué pensar, sólo actuar y estaba altamente entrenado para ello. Era un budoka y su cuerpo y su mente funcionaron como tales Torció su cabeza hacia la derecha en un movimiento muy rápido, con ligero desplazamiento del cuello en la misma dirección, de modo que el cañón de la pistola resbaló sobre su cuello al tiempo que lanzaba su codo al hígado del atacante armado con la pistola. Este encajó el golpe con un dolor que se reflejó en su rostro, pues en aquella demostración los atemis no eran fingidos, aunque tampoco llevaban la fuerza suficiente para dañar de forma irremediable.

Después de desplazar la pistola y golpearle el hígado con un *empi-uchi,* la zurda de Savage sujetó la mano armada. Dobló su cuerpo hacia delante y le proyectó con un movimiento de hombros cruzado, de tal forma, que el atacante armado con la pistola y que se había situado a su espalda, aún no se había repuesto del golpe al hígado cuando salió volando contra el que tenía el bastón. El que tenía el cuchillo atacó hacia delante, Savage apoyó su cuerpo sobre el talón izquierdo, giró sobre sí mismo y desvió la cuchillada con un golpe a la muñeca atacante. Entonces lo barrió con la sexta de piernas *Ko-Uchi-Gari,* al tiempo que tiraba del cuello de su judogi, haciéndole caer.

El budoka armado con el *bo* le atacó, tras librarse del cuerpo del

hombre armado con pistola. Savage cruzó sus manos y paró el golpe haciendo actuar sus codos como muelle para disminuir la fuerza del *bo.* Sin separar sus manos cruzadas, agarró las muñecas de su adversario, *bo* incluido, y se dejó caer hacia atrás en un *sutemi,* haciendo volar a su contrincante por encima de él con un sacrificio que le valió un aplauso de los espectadores.

El instructor McMiller salió a la hierba, abandonando su asiento. Iba a felicitar a Savage, que se había sometido a aquella demostración tan dura, porque los golpes no eran fingidos, ya que quería darse la mayor realidad posible a la situación y Savage había demostrado cómo podía desembarazarse de los tres. Podía haber continuado con ellos, y en situación real sus golpes hubieran tenido una contundencia mortal.

— ¡Gracias, Savage, estuviste magnífico! Los muchachos me habían pedido, en muchas ocasiones, poder verte en acción.

—Me temo que les has hablado demasiado bien de mí, McMiller.

—Si lo he hecho, es porque sé que, como budoka para entrar en acción, no hay otro como tú. Es posible que en cada disciplina haya *senseis* muy superiores pero tú tienes la ventaja de mezclar todas las Artes Marciales, no sólo las japonesas, sino también las chinas.

—Sí, no soy un ortodoxo, pero es que mi forma de actuar no me permite serlo. No soy un monitor de judo, karate, Tae Kwon Do, aikido, Kung-Fu ni Kendo, soy hombre de acción, no puedo remediarlo.

—Ven, te voy a presentar a alguien que desea conocerte mejor.

—McMiller, ya sabes que no me gusta prolongar mi estancia aquí.

—No tenías, los muchachos no le van a pedir autógrafos, ya les he advertido de antemano que no lo hicieran y que tampoco trajeran máquinas de fotografiar. Conozco tu trabajo y lo respetó. Sé que en tus reportajes de máxima audiencia casi nunca sale tu imagen, sólo tu voz en *off,* explicando lo que has descubierto. No eres uno de esos divos que, cada vez que realizan un programa de televisión, se pasan todo el tiempo en pantalla para que se les vea sólo a ellos.

—Para mí lo importante que he de dar a la opinión pública es la noticia, no mi imagen.

Los jóvenes judokas saltaron a la hierba y trataron de practicar entre ellos cada uno de los movimientos que vieran efectuar a Savage con la máxima precisión, mientras éste era conducido por McMiller.

En el banco aguardaba una joven —hermosa de cabellos trigueños y ojos de un color que Savage comparó a un melocotón maduro, unos ojos que daban la impresión de sensualidad, sin embargo. Resultaba difícil determinar si tenía veintiún o veintisiete años.

Su cintura estrecha y sus nalgas redonditas estaban bien apretadas dentro de un *blue jean* que se amoldaba a sus largas piernas que no

eran delgadas y tampoco gruesas; tenían las dimensiones apropiadas para atraer las miradas de los hombres. Llevaba una blusa holgada, de escote caído, color violeta y a Savage no le pareció coincidencia que aquel color fuera el mismo del judogi que él empleaba.

Bajo la tela de la blusa se adivinaban unos pechos plenos de vitalidad, fuertes y erguidos, sin necesidad de sujetador y ella se daba cuenta de que el volumen y las puntas de sus senos se moldeaban en la ropa de la blusa, de forma tan atrayente para las pupilas masculinas como lo habrían sido para un *baby* hambriento

—Te presento a Joan. Es periodista como tú y quiere hablar contigo, Savage. Me ha rogado que te presentara y como verás por su aspecto, yo no podía negarme.

Savage, delante de la chica, le preguntó a McMiller:

— ¿Y piensas cobrarte el favor de alguna forma?

— ¿Cobrarme? Se nota que no conoces a Joan; parece ofrecer mucho pero luego, granito, puro granito... Os dejo y te repito, Savage, gracias por haber venido al College.

—Ya sabes, McMiller, que siempre que puedo hacerle un favor a un amigo no se lo niego, y tú eres un amigo.

—Gracias, sé lo que significa para ti la palabra *amistad.*

Los dos se inclinaron para hacerse una pequeña pero cuidada reverencia al estilo oriental, como despedida. McMiller se alejó y M. P. Savage se volvió hacia la joven que aún no había dicho nada.

—Bien, Joan, ya me conoces.

—Había oído hablar de ti mucho, pero creo que se quedaron cortos.

—Los halagos se beben con mucha rapidez, pero como el champaña, se pueden subir a la cabeza y marear, máxime cuando esos halagos brotan de unos labios tan hermosos como los tuyos.

— ¡Hum, labia no te falta! —Hizo una pausa, mantuvo sus ojos color melocotón en los verdes de Savage y preguntó—: ¿Tienes mucho que hacer?

—Siempre tengo que hacer, aunque sólo sea meditar; no obstante, el orden de prioridad lo marcan las circunstancias, y las circunstancias en la vida intensiva que llevo, me impiden llevar unos horarios que puedan repetirse día a día.

— ¿Periodista libre?

—Sí, soy libre totalmente, un *free-lance.* Si el reportaje es bueno, se vende; si no, lo guardo en algún baúl.

—Tus reportajes siempre son buenos. Yo he seguido varios de ellos en televisión, radio, revistas, en los principales periódicos de todo el mundo. Sí, haces unos reportajes denuncia insuperables, aunque los que te odian te califiquen de escandaloso.

—Es magnífico que un colega acepte, como buenos, mis reportajes. La verdad es que lo que más me interesa es informar a la opinión pública de hechos que suelen permanecer en la oscuridad, en el silencio, sin que nadie se atreva a tirar de la manta o, simplemente, que no hayan sido descubiertos. Sobre los problemas conocidos de todos, ya hay reporteros a cientos, que pueden informar sobre ellos. Yo busco lo que no han buscado otros, especialmente esos que se quedan sentados cómodamente en sus despachos.

—Eso significa correr muchos riesgos. Tú te juegas la vida en cada uno de tus reportajes, y eso sólo pueden decirlo muy pocos reporteros.

—Todos no hacemos el trabajo de la misma forma. Y ahora, Joan, tengo la impresión de que quieres decirme algo.

—Diste en la diana, Savage.

— ¿Acierto, también, al suponer que lo que quieres es hablar un largo rato conmigo?

—Sigues caliente, caliente —dijo, en cierto modo insinuante.

— ¿Has venido con vehículo propio? —preguntó Savage.

—Sí, con mi coche.

—Bien, me ducho y te encuentro en el estacionamiento. Daré un telefonazo a tris amigos para que no me pasen a recoger. Hasta ahora.

M. P. Savage se alejó de la joven periodista Pasó por el vestuario, se duchó y salió al *parking.* Joan tocó el claxon para llamar la atención. Se hallaba al volante de un «Ford» que no era, precisamente, un último modelo. Era descapotable y de color gris perla, con algunas rascadas con óxido que, al parecer, no tenía ningún interés en repintar.

— ¿Te molestan las mujeres que conducen?

—No, si respetan el código.

— ¿Y si no lo respetan?

—Me apeo.

— ¿En marcha?

—Si hace falta, ¿por qué no?

Ella le miró, sonrió y aceptó.

—Te creo capaz de saltar a cien por hora. Eres un tipo increíble, para las caídas pareces de goma

—Largos años de técnica, nada más. Tengo huesos, carne *y*vísceras lo mismo que otra persona.

—Sí, pero tú eres como los gatos. Los lanzas al aire aunque sea desde un balcón y caen bien, no se rompen nada, por eso se habla de sus siete vidas.

—Algo de eso hay... El hombre tiene más posibilidades físicas de las que él mismo supone, sólo que el medio en que vive se las atrofia

y las pierde tanto que llega a ignorar que podría tener las mismas cualidades de los felinos.

El coche se puso en marcha hacia la salida del East Memorial College, Mientras, Joan preguntó:

— ¿Adónde te llevo?

— ¿Sabes dónde está el *free sport navy?*

—Sí, ¿acaso tienes un yate?

—Yo no, pero un amigo me ha rentado uno, por poco precio, y quería pasarme unos días en el mar. Tengo la nevera y la despensa llenas de alimentos. ¿Has de regresar hoy mismo a alguna parte?

—Soy una *free-woman,* que nada tiene que ver con lo que algunos piensan que as ser una mujer libre.

—Entiendo. Tú eres una periodista que aspira a ser una *free-lance.*

Se dejó llevar. Joan conducía rápida, muy segura de sí. Era una excelente volantista y no transgredió ni una sola vez el código di; circulación. Savage quedó complacido, no le agradaban las personas irresponsables y poco cívicas. Una cosa era arriesgar la vida cuando era necesario y la otra, faltar a las leyes que servían a la comunidad.

El yate no era tal, sino un barquito pesquero, una tiburonera mexicana reformada para ser utilizada como embarcación de recreo. El motor era ruidoso pero potente.

Savage, tras quitar las amarras, puso proa a alta mar alejándose del puerto deportivo. La tarde era muy agradable y la mar, llana. Una bandada de gaviotas pasó chillando sobre ellos en dirección a los acantilados del norte.

—Dentro de una hora podemos comer, pero si preparas algo de aperitivo será mejor — sugirió Savage.

—Enseguida.

Joan demostró ser una mujer dinámica que sabía moverse y no necesitaba preguntar dónde podía encontrar esto o aquello. Deducía y, por razonamiento, halló todo lo que deseaba. Así, preparó unas cervezas con taquitos de queso, jamón y galletas saladas.

—Daremos una vuelta frente a los acantilados y veremos la puesta de sol. En este lugar es magnífica.

—Como quieras, Savage. A mí no me importa ver la puesta de sol y tampoco la amanecida.

Savage sorbió la cerveza fresca y agradable y puso el timón fijo y marcha de crucero para que no se desviase el rumbo. Sabía que llevaba el tanque lleno. Se quitó la ropa quedando con taparrabos de *sumotori,* estrecho y estilizado, que hacía de su anatomía algo más primitivo y viril, adquiriendo, casi, el aspecto de un gladiador romano. Salió a la cubierta de popa y halló a Joan.

— ¿Tomando el sol?

—Cuando se tiene mucho trabajo no siempre hay tiempo para tomar el sol y, francamente, detesto las lámparas ultravioleta. Cuando quieras prepararemos comida en serio; he visto que la nevera sí está bien provista.

Savage paseó su mirada por el espléndido cuerpo femenino. Como era lógico, ella ignoraba que iba a dar un paseo marítimo y no llevaba un bikini preparado, por lo que había tomado de su bolso un amplio pañuelo de gasa semitransparente de color rosa desvaído que pasó entre sus piernas y luego anudó las puntas en la parte baja de las caderas, a un lado y a otro. Aquel pañuelo, el reloj sumergible y de cristales líquidos y unos sobrios pendientes, componían todo el atuendo de Joan, y Savage pudo darse cuenta de que no se había equivocado en sus suposiciones.

— ¿Me estás haciendo la ficha antropométrica? —preguntó ella sonriente, con la mayor naturalidad.

En la niñez y adolescencia debía haber tomado clases de educación sexual y por lo que se podía apreciar, no tenía inhibiciones ni represiones. La colocación del pañuelo podía significar un aditamento de coquetería más que otra cosa, pues, realmente, estaba más sugestiva con el pañuelo que sin él. Savage se sentó a su lado.

— ¿Casada?

—Frío, frío.

— ¿Divorciada?

—No, soy libre. He tenido algunos amigos, ¿te importa?

— ¿Por qué? Yo también he tenido amigas y las sigo teniendo.

—Me han dicho que tú no piensas casarte.

—No puedo. Considero que la familia es algo muy importante a la que hay que dedicar todos los esfuerzos o se fracasa rotundamente. Yo no me perdonaría fracasar en un supuesto matrimonio.

—Quieres ser libre para tus reportajes, ¿verdad?

—Sí. Ya sé que hoy en día una viuda no se queda tan triste y desconsolada como hace algunas décadas; no obstante, no quiero dejar viuda y huerfanitos. Necesito mi libertad y te aseguro que no es por egoísmo.

—Estoy segura de ello —asintió Joan.

— ¿Eres conocida como periodista?

—He hecho algunos reportajes, pero mi nombre no es conocido en el mundo del reporterismo internacional ni nacional.

—En todas las profesiones es difícil destacar.

—Sí, es difícil y a las mujeres se nos ponen aún más dificultades; la verdad es que he hecho algunos reportajes que, sin pecar de petulancia, han sido muy buenos.

— ¿Y los has vendido?

—Sí, pero a otros compañeros. Nadie me los publicaba y los muy granujas, después de pagármelos, los han publicado como suyos. Han cambiado algunos nombres y determinados puntos de vista y han quedado muy bien.

— ¿De modo que has trabajado como «negro» en la profesión?

— ¡Qué remedio! Esto ocurre en nuestra profesión y en todas las demás, especialmente en las literarias. Gana fama y, luego, vive como quieras. Es el nombre lo que se cotiza y si tu genio se apaga, compra el trabajo de pobres diablos a los que nadie hace caso. Lo desfiguran un poco le dan su sello personal y, sin moverse del despacho, tienen un buen reportaje que incluso les sale más barato, porque los buenos reporteros vivís a lo grande.

—No lo creas. Lo que sucede es que en ocasiones es preciso estar donde se encuentra la noticia y esos lugares exigen gastos, no se pueden eludir, y los viajes siempre resultan caros.

—Pues a mí ya me ves, con un «Ford» viejo y sin poderlo llevar al taller para repintarlo. La verdad es que me costaría más repintarlo que lo que me darían por él si lo llevara a una compañía de compraventa de autos usados. Ya sé que podría ponerme a trabajar como secretaria y hasta tendría un coche mejor, no el último modelo pero un coche mejor. En cuanto las compañías se enteran de que tienes un salario seguro ya calculan lo que les puedes pagar al mes y te lían haciéndote comprar uno de sus coches. ¿Cómo se enterarán de quién puede comprarles y quién no?

Savage, siempre sonriendo finamente, una sonrisa oriental, replicó:

—Las listas nominales se compran y se venden En las grandes compañías que emplean a mucha gente siempre hay empleados que tienen acceso a la nómina; copian nombres y cifras y luego venden las listas en el mercado negro de posibles clientes.

—Eso es una especie de estafa, ¿no?

—Si son descubiertos, los despiden, pero no te creas, ocurre lo mismo en los Bancos y Cajas de Ahorro. Se venden listas de los ahorradores y cuenta correntistas, con sus posibilidades en cifras. Después, los halcones de la venta enfocan hacia ellos sus campañas. Coches, segundas residencias, brillantes, obras de arte, todo depende de lo que ellos calculen que pueden sacarte.

Joan suspiró:

—En realidad somos festín para unos cuantos, ¿verdad?

—Sí. No es malo que se trate de vender, lo grave es que hurguen en tu intimidad personal y económica sin tu permiso. Una honesta promoción de ventas es loable, pero una promoción de esa clase, o que manipula y utiliza analogías falsas, como el anunciar una determinada bebida junto a una chica hermosa como tú o un llamativo coche que no está al alcance de la mayoría, es un fraude.

Obligan a comprar esa bebida como una especie de compensación al frustrado que no puede acceder al coche ni a la chica hermosa. Fomentan nuevas frustraciones que se crean, incluso, en los niños, anunciándoles juguetes determinados. Pienso que los psicólogos y psiquiatras infantiles podrían hablarte de muchas de las frustraciones causadas por las promociones publicitarias de ventas, manipuladas y hechas con mala fe, sólo pensando en vender y al precio que sea.

— ¡Qué triste es que la masa, el pueblo, sea tan fácil de manipular por una información o una publicidad sin conciencia!

La embarcación era muy marinera y navegaba sin problemas, máxime por una mar que apenas tenía oleaje y en cuya superficie se reflejaban iridiscencias producto de la composición del fondo marino, la luz solar de una tarde nítida y el reflejo de los acantilados costeros. Las gaviotas volaron hacia sus nidos de las rocas y luego volvieron a pasar por encima de la embarcación. Chillaron y se alejaron mar adentro como si ya supieran dónde había un banco de peces para obtener alimento.

Se sentían solos, máxime cuando en las barandas de cubierta colgaban los salvavidas, de tal forma que si alguien trataba de espiarles desde tierra con ayuda de unos prismáticos, le resultaría imposible, debido a que ambos se hallaban tendidos en cubierta.

—Tengo un asunto para hacer un reportaje que puede interesarte. Quizá no es muy importante, pero seguro que resulta de impacto.

—Lo siento, Joan, yo no contrato «negros» de la profesión.

—Ni yo pienso que lo hagas. No pretendo hacer un reportaje para que tú lo vendas; te ofrezco un reportaje de denuncia. Te confieso que yo sólo conozco parte de lo sucedido y desconozco los móviles.

— ¿He de entender que me ofreces la posibilidad de hacer ese hipotético reportaje?

—Exactamente.

— ¿Por qué?

—Por varios motivos.

—Me gustaría conocerlos.

—Conozco a uno de los afectados, a una de las víctimas.

—Es un buen motivo para iniciar el reportaje, pero podrías hacerlo tú y tratar de venderlo a televisión, periódicos o revistas.

—Es un caso oscuro y repugnante; creo que yo no sería capaz de llegar al fondo. Me temo que los riesgos serán superiores a mis posibilidades físicas.

—Es un motivo a tener en cuenta, dime otro —le pidió, mientras pasaba, sus dedos suavemente sobre la piel femenina y muy pocos sabían utilizarlos como Savage para relajar o hacer brotar el placer en las féminas por él acariciadas; no en vano había aprendido

dígitopuntura desde la niñez.

—Como quiero que salga a relucir todo lo que haga falta denunciar, te ofrezco la noticia a ti, es decir, el cabo de una embrollada madeja.

— ¿Y por qué no ofreces este posible reportaje a quienes te han venido pagando, como «negro», hasta ahora?

—Quiero que seas tú quien investigue, pero que me dejes estar cerca de ti.

— ¿Para qué?

—Por tres razones.

— ¿A saber?

—Aprender.

— ¿La segunda?

—Para conocerte mucho mejor, íntimamente. Estoy segura de que en el arte del amor has de ser especial, algo excepcional. Mezclas lo oriental con lo occidental, eres la esencia de las dos culturas y seguro que el Kama-Sutra o el Ananga Ranga no guardan secretos para ti.

—Ni para nadie que se compre esos libros y se los lea de cabo a rabo para aprender muchas cosas sobre el arte de seleccionar a la pareja y amarla.

—Sí, pero un occidental suele ser torpe siguiendo las técnicas orientales. Ahora mismo noto que mi sangre tiene la temperatura más elevada, siento placer y me encuentro muy bien, todo gracias a las caricias de tus dedos. En general, los occidentales no saben acariciar como tú lo haces, Savage. Son brutos, torpes, egoístas y rápidos; en cambio, tú pareces poseer toda la sabiduría y la paciencia en e1 arte de la comunicación sexual. Estoy esperando para comprobar si tus labios son tan hábiles como tus manos, que son fuertes y mortales cuando las empleas en las Artes Marciales, y acariciantes, casi etéreas, en estos momentos.

—Todavía no me has dicho tu tercera razón —le dijo él, con la boca muy cerca de la oreja femenina, cuya respiración había cambiado de ritmo. Se hacía más intensa y, a la vez, más lenta, como si en cada movimiento respiratorio precisara llenar los pulmones con mucho más aire que su sangre exigía para oxigenarse.

—Porque al final, cuando el reportaje esté hecho, cuando hayamos vivido una intensa aventura amorosa, quiero matarte, Savage, no te lo oculto, quiero matarte.

— ¿Por qué? —preguntó, sin afectarse lo más mínimo por lo que acababa de oír.

Le había apresado el mentón entre los labios mientras sus manos cubrían en parte los senos femeninos.

—Será que soy una sádica o que quiero imitar a la *mantis religiosa;*

no lo sé muy bien, tendré que preguntárselo a un psiquiatra.

— ¿Has estado ya en tratamiento con algún psiquiatra?

—No.

— ¿Supones que lo necesitas?

—No.

—No serás una ninfómana...

—Palabra que no, pero contigo es como si estuviera drogada, no me siento responsable de mí. Bésame, bésame.

—Un momento...

Le puso el pañuelo rosa pálido alrededor del cuello, cambiándolo de lugar. Luego, Joan notó al fin los labios del hombre y ya no pudo mantener los ojos abiertos. Fue como si un sol decadente sobre el océano inmenso la estuviera cegando.

CAPÍTULO II

Olía a plástico, a cuero, a cera quemada, olía a artesanía; para algunos, artesanía barata, para otros una artesanía muy especial que en determinados comercios y puntos de venía se liquidaba bien.

La nave de tipo industrial era amplia, muy espaciosa y bien ventilada, alta de techo, un techo de acero y fibrocemento. Los bancos, mesas de trabajo y maquinaria se hallaban junto a las paredes, delante de unas barandas que evitaban que nadie pudiera

tropezar con la maquinaria y mesas de trabajo. Aquellas barandas tenían claveteadas unas placas metálicas conteniendo unas indicaciones en alfabeto Braille,

Todo el centro de la nave, de tres o cuatrocientos metros cuadrados, estaba vacío a excepción de una mesa circular frente a la cual había sillas en las que los artesanos de aquel gran taller se reunían para cambiar impresiones o fumar. La mesa poseía un sistema electrónico, de tal forma, que cuando uno de los productores del gran taller se acomodaba en su silla en torno a la mesa circular, pulsaba un botón y en una tablilla aparecían sus iniciales en Braille, de modo que cualquier otra persona que tomara asiento en la mesa, sin necesidad de preguntar, tocaba con la yema de su dedo índice zurdo la tablilla y sabía perfectamente qué compañeros se hallaban sentados. Si quería, hablaba, y si no lo deseaba, permanecía en silencio, pero todos tenían la obligación de hacer notar su presencia marcando sus iniciales y cuando se levantaban de la mesa, las borraban.

Todo aquello no hubiera hecho falta, de tratarse de un taller de artesanos videntes, pero aquél era un taller distinto, un taller para ciegos, un taller en el que se habían adaptado sistemas inventados por ellos mismos y no impuestos por nadie. Si se tomaba una decisión, era en torno a aquella mesa que se centraba en la gran nave y donde solían reunirse todos antes de iniciar la jornada y al término de la misma, al atardecer.

Su sistema era democrático; alguien proponía algo, un invento, un cambio de orientación, y se sometía a votación; no obstante, existía una gerencia administrativa que no se imponía a los ciegos artesanos, sino que servía a las necesidades de los trabajadores.

En aquel gran taller no se elaboraba un solo tipo de objetos; allí, cada artesano se inclinaba hacia sus propias posibilidades. Se grababan botones por encargo con los anagramas que se pedían, incluso con blasones, pese a ser ciudadanos americanos los que hacían el pedido, quizá añorando a sus ancestros europeos. Se realizaban correajes de todas las formas y medidas, pero lejos, muy lejos de la fabricación en serie. Se construían extraños amuletos occidentales, americanos precolombinos y también orientales en las más distintas maderas, metales e, incluso, huesos. Collares., brazaletes, pitilleras, encendedores a los que sólo había que adaptar la carga de gas, incluso accesorios para automóviles como volantes tallados o recubiertos de piel de crótalo,

Elaboraban los objetos más variados y extraños que se vendían bien y a precios considerables, ya que cada una de las piezas que salían de aquel taller no era igual a otra.

Quien poseyera un objeto salido de aquel taller con las iniciales A.B.A., podía alardear de poseer una pieza única, y cada uno de los

objetos que salían de allí, para la venta, estaban revisados concienzudamente por las yemas de los dedos supersensibles de los artesanos invidentes.

Como era lógico, todos no poseían las mismas habilidades ni idéntico ingenio. Se pedían consejos a los compañeros cuando las ideas no surgían y los que poseían las ideas las traspasaban a otros, si eran buenas, para que manos más hábiles pudieran terminar el trabajo.

Aunque trabajaban en régimen de autogestión, a la hora de elaborar los objetos artesanos, algunos preferían realizar el trabajo solos, desde el principio al fin, y los había que trabajaban en colaboración con dos o tres.

Ínfimos detalles defectuosos que escapaban al ojo humano no pasaban desapercibidos a los sensibles dedos de aquellos artesanos que, en vez de quedarse en casa disfrutando de la pensión estatal, preferían acudir cada día a trabajar al taller e invertían parte de su pensión en la compra de material primario con el que poder trabajar. Luego venían los beneficios y obtenían ingresos sustanciosos. Trabajaban con verdadero ahínco y paciencia en cada una de las labores que llevaban a cabo. Se autorrealizaban y no acusaban la marginación como todos aquellos que se recluían en sus casas, cerrando puertas y ventanas, aislándose del resto del mundo para terminar un día u otro amargando al prójimo que se hallaba cerca, o suicidándose.

Joseph y Frank eran las mentes más imaginativas y preclaras del grupo compuesto por casi un centenar de ciegos. Sus ideas y consejos eran muy tenidos en cuenta aunque con ello no ganaban ni un centavo más de lo que les correspondía.

Si en alguna ocasión se pedía el voto de censura contra un compañero, aquél se sometía a votación y podía llegarse a la expulsión de uno de los miembros asociados del taller artesanal, el cual era indemnizado por su trabajo y el dinero invertido con sus correspondientes intereses, y el asunto quedaba zanjado. No había más patrón que el interés de la mayoría.

El local que utilizaban, con muchos metros cuadrados y espléndido por el área de la ciudad en que se hallaba ubicado, les estaba cedido por un alquiler bajo, meramente simbólico El solar, como era lógico suponer, tenía en sí mismo, un gran valor económico.

En todo el taller sólo había un perro, un gran alsaciano macho que no entorpecía en absoluto ninguna de las labores. Si alguno de los artesanos llevaba su propio perro, debía dejarlo en las perreras que había en la zona ajardinada que rodeada la nave industrial; pero éstos eran pocos, poique como solían acudir a su trabajo cotidiano en cuatro microbuses que les recogían en las puertas de sus casas para

dejarlos en el lugar de trabajo, mediante un convenio con una empresa de autobuses que sufragaban religiosamente para que no les fallara, no solían llevar sus propios perros al trabajo ya que, realmente, no los necesitaban.

Algo importante del taller artesanal A.B.A. era que lo mismo había hombres que mujeres, y todos ellos en igualdad de posibilidades *y* circunstancias, pues no había discriminación de sexos.

Pocos podían admirar su trabajo, su unidad y colaboracionismo en comunidad, porque ellos no se hacían notar. No pedían a los periodistas que les hicieran reportajes y tampoco acudían al Ayuntamiento o a las Fundaciones en busca de ayuda. Todo había funcionado bien hasta que...

Los cinco o seis perros lazarillo que permanecían en las perreras del área ajardinada ladraron con fuerza, nerviosos, mas nadie les hizo caso.

La puerta que daba acceso a la nave estaba bien cerrada y sólo la abrían cuando estaban seguros de la identidad de quien quería pasar. Las oficinas estaban en lo alto y se accedía a ellas por una escalera. Era el único lugar donde trabajaban dos videntes, un hombre y una mujer, que en ocasiones y por distintos motivos, se ausentaban, para ir a visitar clientes, realizar operaciones bancarias o tramitaciones legales.

Mistress Priscila y míster Gordon poseían sus propias llaves para franquearse la puerta, sin necesidad de llamar, y una vez en el interior de la nave, el perro «Lucky» les reconocía y les recibía sin problemas. «Lucky» era muy inteligente y conocía bien a todos y cada uno de los que trabajaban en el taller artesanal A.B.A., siglas de Artisan-Work Blind Association.

Cuando todo era normal, en una jornada normal, se abrió la puerta de los vestuarios y aparecieron seis individuos.

Tres de ellos iban armados con *nunchakus;* dos portaban gruesas palancas de acero y el que parecía el jefe, iba con las manos vacías o, por lo menos, eso era lo que parecía, pues llevaba unos anillos múltiples que sujetaban los cuatro dedos, índice, corazón, anular y meñique al mismo tiempo, endureciendo así el puño y ofreciendo en lugar, de nudillos, anillas de acero con las que podía golpear con terrible dureza.

«Lucky» advirtió la presencia de los intrusos y fue hacia ellos ladrando estentóreo y furioso, dando la alarma.

Los artesanos ciegos comprendieron por los ladridos que algo iba mal y detuvieron sus trabajos e incluso pararon las pequeñas herramientas electromecánicas.

Todos presintieron que algo muy desagradable ocurría. Entre los ciegos los había capaces de ver luz y sombras, pero no podían

alcanzar a ver a los intrusos. Por otra parte, no habían oído el timbre que sonaba cuando se abría la puerta principal.

La actitud de «Lucky», con sus furiosos ladridos, era muy significativa.

— ¡«Lucky», quieto! —pidió Joseph, abandonando su mesa de trabajo en la que estaba grabando unos amplios cinturones femeninos.

El can siguió ladrando y al ver que uno de los intrusos se dirigía, en actitud ofensiva, hacia Joseph, se lanzó sobre él con las mandíbulas abiertas. Con ellas sólo pudo morder una de las palancas de hierro y otro de los intrusos le rodeó el cuello con los dos palos del *nunchaku* e hizo presa tijeras.

El vigilante *y* fiel perro se agitó en el aire, desencajó sus mandíbulas y pataleó, mas el que utilizaba el *nunchaku* sabía cómo hacerlo y los dos palos unidos en las puntas por un cordón fueron mortíferos para el animal, que cedió mientras se asfixiaba.

Terminó estrangulado con la lengua amoratada, silenciada su garganta. Ya no podría colaborar más con su vigilancia a los ciegos artesanos.

— ¡«Lucky», «Lucky», ven! —pidió Joseph, angustiado, temiendo lo peor —Espera que ahora viene —rezongó el que parecía jefe del sexteto armado.

— ¿Quién es usted?

Aquel sujeto alto y fornido de escaso cabello y muy lacio, con signos evidentes de llevar en sus venas una parte de sangre oriental, quizá mongólica, lucía un bigote estrecho y largo en forma de herradura, cuyas puntas terminaban en los bordes de unas mandíbulas poderosas, mandíbulas de animal carnicero.

Sus ojos eran pequeños, ligeramente almendrados; semejaban sonreír, burlarse de todo, mas resultaba muy difícil escrutar lo que se ocultaba dentro de ellos.

Cogió al gran perro alsaciano ya muerto, levantó en el aire sus setenta kilos largos y lo lanzó contra Joseph, que si bien era fuerte, ya rondaría la cincuentena. Cogido por sorpresa, el golpe sobre su pecho y cara, del animal muerto, le hizo caer al suelo mientras los intrusos reían estentóreamente.

— ¡«Lucky», «Lucky»! —siguió llamando Joseph, palpando al animal al que apartó de sí al comprobar que ya no vivía. Su corazón no palpitaba, había dado su vida por defender a sus amos, la comunidad de artesanos ciegos.

— ¡Asesino! —aulló Joseph.

—Somos varios, estáis acorralados. Podemos destruir todo lo que tenéis, si nos da la gana. Sabemos cómo os llamáis cada uno de vosotros, y dónde vivís. Si alguno avisa a la policía, si dais el chivatazo, pagaréis las consecuencias, esto no es ninguna broma.

— ¿Qué queréis? Si buscáis, no hallaréis más dinero que unos pocos dólares —gruñó Frank. Se había apartado del taladro eléctrico que había estado manipulando y, disimuladamente, abrió un cajón para sacar una pistola.

—Sabemos que tenéis una saneada cuenta corriente en el Banco. Somos modestos y nos conformaremos con cien mil dólares, ya sabéis, billetes pequeños y usados.

— ¡No nos vais a extorsionar! —advirtió Joseph, resuelto, reincorporándose.

El individuo de aspecto mogólico le propinó un mazazo con su mano anillada, alcanzándole en la boca. Lo volvió a tumbar con los labios reventados y sangrando por las encías.

—Bien, quizá os haga falta una demostración. Nosotros queremos dinero y vosotros 'sois débiles; unos inútiles y malditos ciegos. No nos veis y podemos zumbaros siempre que nos dé la gana. A lo mejor cerramos bien las puertas y unos bidoncitos de gasolina bastarán para que os achicharréis. Será divertido veros correr de un lado a otro sin saber adónde.

— ¡No, no, fuego no! —suplicó una joven ciega de largos cabellos rubios, espléndidamente hermosa.

—Eh, mirad, la chica tiene miedo de quemarse... ¡Traedla! —ordenó el jefe del grupo.

— ¡Nooo! —chilló ella, retrocediendo hasta la pared sin saber por dónde la iban a atacar.

— ¡Malditos, dejadla en paz! —aulló Frank.

—Es inútil que alguno trate de llamar a la policía ahora; el teléfono está cortado — advirtió el jefe de los criminales.

Varios artesanos salieron de sus puestos de trabajo para hacer frente a los atacantes como fuera, pero de inmediato fueron rechazados a golpes de *nunchaku* y palanqueta, o con demoledores puñetazos y patadas de karate.

En breves segundos, una quincena de artesanos rodaron por el suelo y algunos de los bancos y mesas de trabajo fueron barridos y destrozados los objetos que allí había, incluidas herramientas en su mayor parte muy seleccionadas.

La muchacha de los cabellos rubios fue sujetada contra la mesa del centro de la nave.

— ¿A qué tienes miedo, encanto? Eres bonita, muy bonita, hasta parece que ves

Encendió un fósforo mientras otro la sujetaba por los brazos. La llama pasó ante los jóvenes y bellos ojos, lastimosamente ciegos.

— ¿No ves nada, nada?

— ¡Déjenme, déjenme, se lo suplico, déjenme!

Le acercó más la llama hasta que ella notó la picadura del calor.

—¡¡Agg!!

—Quema, quema, ¿verdad? —se rio aquel sujeto sin conciencia ni escrúpulos.

—Nosotros os haremos saber cómo y cuánto nos vais a entregar el dinero, pero si alguno se va de la lengua, lo lamentaréis todos, os lo juro, y la policía no nos va a pescar estad seguros. Meteos en la cabeza que estáis indefensos frente a nosotros. Pagad y nada más os ocurrirá.

— ¡Quietos! —ordenó Frank mostrando la pistola que tenía en su mano. Orientándose por la voz del jefe de los criminales apuntó hacia el grupo que se hallaba en el centro.

— ¡Eh, mirad, un cegato con agallas! ¡Tiene pistola y todo!

—Dispararé si me obligáis.

—Te hemos puesto a la chica delante; si disparas, la matas a ella —advirtió el jefe que en ningún momento se había identificado, pero su voz ya sería reconocible para los ciegos.

—Veo más de lo que suponéis.

— ¡Entonces dispara, desgraciado!

Frank vaciló, la pistola tembló ligeramente en sus manos.

—Si me obligáis, lo haré. Te puedo matar a ti, al que hablas.

—No lo creo, a quien puedes matar es a la chica y, para que no tengas problemas, la vamos a desnudar.

— ¡Nooo! —chilló la muchacha.

Los criminales le arrancaron las ropas y la arrojaron lejos, en todas direcciones, sobre las caras de los compañeros de ella para que se dieran cuenta de que no bromeaban.

— ¡Por favor, por favor, déjenme, se lo suplico!

—Es linda la cieguita, muy linda... ¿Le hacemos un favor?

— ¡Malditos! —rugió Frank y comenzó a bajar el gatillo de su pistola que detonó furiosamente lanzando fogonazos.

Los delincuentes extorsionistas se agacharon instintivamente. No tardaron en darse cuenta de que las balas eran de fogueo y que no servían más que para asustar y dar la alarma.

—Muy gracioso. Tú y tú, encargaos de la chica, yo voy por ese tipejo con tantas agallas...

— ¡Nooo, por favor, nooo! —suplicó la joven y hermosa invidente que, contra su voluntad, fue colocada sobre la mesa rodeada por los criminales, mientras el jefe de éstos iba hacia Frank. Le propinó un *shuto-uchi* en la muñeca que le hizo saltar la pistola de la mano, una pistola caliente pero que no había sido efectiva.

— ¡Asesinos, la policía dará con vosotros!

—Si la policía nos busca, antes os encontraremos nosotros a

vosotros, metéoslo en la cabeza, desgraciados, son cien mil dólares —dijo el jefe del grupo al tiempo que tomaba una cuchilla y con una malignidad endiablada, clavó la mano de Frank contra el tablero de la mesa.

—¡¡Aaaaaggh!!

CAPÍTULO III

El viejo «Ford» de Joan se detuvo cerca de la pequeña pero coqueta casa, situada en una cuidada urbanización. El suelo estaba cubierto de mullido césped y las flores cultivadas eran todas aromáticas.

Fue la propia Joan quien llamó oprimiendo el pulsador y sonó la caja musical. De inmediato se escucharon los ladridos de un perro.

— ¿Quién, es? —preguntó una voz a través del interfono.

—Frank, soy Joan, ya te he llamado por teléfono.

—No quiero recibir a nadie... —replicó la voz de Frank.

—Vengo con un compañero, queremos hablar contigo. Sólo venimos los dos —insistió Joan.

El perro ya no ladraba al otro lado de la puerta, pero sí gruñía. Era como si comprendiera que cuando el amo hablaba, él no debía estorbar la voz con sus ladridos.

— ¿Qué quieren?

—Hablar, abre la puerta.

—Haga caso a Joan y abra —pidió, ahora, Savage.

Su voz debió resultar convincente porque Frank no replicó. Al fin, se abrió la puerta y la figura del artesano ciego quedó junto a la hoja de madera. Joan y Savage se adentraron en el coqueto y cómodo chalet que Frank había podido adquirir gracias a su trabajo como artesano.

— ¡Quieto! —ordenó Frank al perro lazarillo y vigilante.

El animal, un pastor alsaciano de pelaje largo y oscuro, dio un vistazo a los visitantes y luego se tendió junto a una butaca, esperando que su amo se acomodara en la misma.

M. P. Savage observó que Frank tenía la mano derecha vendada y de no estar herido no la habría llevado vendada, pues para un ciego la falta de una mano era algo muy importante.

— ¿Qué quieren?

Frank estaba receloso, hosco. Era como si hubiera perdido la confianza en sí mismo y, para defenderse, se escudara en su hostilidad.

—Hablar —dijo Joan.

—No tengo nada que hablar.

—He venido con Savage, el reportero.

— ¿Moses P. Savage? —quiso concretar Frank.

—Sí —asintió el propio Savage.

— ¿El de la prensa amarilla?

—Si usted me califica de esa forma, puede que así sea; es cuestión de opiniones — repuso Savage, que no deseaba enemistarse con él.

—No me agradan los periodistas que viven del escándalo, que se aprovechan de las desgracias ajenas para enriquecerse ellos.

—Frank, no tengo por qué excusarme de nada ante usted; no obstante, le diré que mis reportajes tienen como objeto que la opinión pública se dé cuenta de lo que denuncio en ellos; pero si un reportaje mío puede dañar a un inocente, lo encierro en un cajón y espero una

ocasión mejor para poner en la picota a los culpables.

—Frank, Savage es sincero, tendrías que contarle lo que os sucede —le pidió Joan.

—Cabía esperar que alguno se fuera de la lengua —gruñó Frank.

Avanzó hacia la butaca y se sentó en ella, sin problemas ni tropiezos, como si sus ojos vieran. El perro, al verle acomodado, bajó su hocico hasta dejarlo descansar entre las patas delanteras; sus ojos permanecían atentos por si tenía que salir en ayuda de su amo.

Joan fue directa al grano. Era una joven inteligente, además de extremadamente hermosa. Podía resultarle fácil abrirse camino en la profesión si se apoyaba en su sexo, mas era honesta consigo misma y no aceptaría prostituirse para conseguir buenos trabajos.

Esbelta, elástica, pero a la vez, de apariencia frágil, era como una bella flor que cuando se toma se va con cuidado para no estropear sus delicados pétalos. Su verbo era rápido y fluido, sabía lo que quería preguntar y cómo hacerlo.

— ¿Piensan pagar a esos chantajistas raqueteros el dinero que les han exigido?

—No voy a hablar, no voy a decir nada—replicó Frank, tajante.

—Es mejor que hable, todo se llega a saber.

Frank respiró hondo e inclinó la cabeza sobre el pecho. Sus pupilas se movían y parecían cansadas; sin embargo, estaban ciegas, nada de cuanto había en su entorno aparecía en su mente. Su mundo era un mundo de sonidos, de tactos, de olores de sensibilidades que llegaban a la hiperestesia propia de quienes perdiendo un sentido agudizan los restantes e incluso adquieren conciencia de la posesión de ese sexto sentido que no viene descrito en los libros: de ciencia al uso.

—No podremos hacer nada, tendremos que pagar.

—Cien mil dólares es una fortuna —puntualizó Joan, irritada.

—Sí, una fortuna, es una puñalada que nos dan, pero creo que podremos resistirla entre todos. Confío en que nos recuperaremos.

—Si ceden, no se recuperarán jamás —advirtió Savage.

— ¿Por qué no? —preguntó Frank encarándose con Savage, orientado por la voz

—Si ceden ahora, volverán a pedir más dentro de un tiempo, eso es propio de los chantajistas que cuando obtienen lo que quieren de sus víctimas terminan por pensar que han encontrado una mina de oro.

—Es posible, pero eso es un problema del futuro; ahora tenemos que resolver un problema inmediato.

—Pagar es de cobardes —dijo Joan, casi agresiva.

Savage la observaba de reojo y admiró su forma incisiva y directa de hablarle a Frank.

—Eso es sencillo decirlo cuando se tienen ojos para ver. Nosotros

nada podemos hacer para defendernos, somos fácil presa de criminales. —Frank sonrió sarcástico—. Cuando quisimos darnos cuenta ya estaban dentro de la nave. Habían reventado una ventana enrejada que teníamos en el vestuario. Si hubieran intentado entrar por la puerta nos habríamos apercibido de ello, aunque ¿qué más daba? ¿Qué habríamos podido hacer? Palos de ciego se dice cuando no se sabe adónde pegar y se cae en la payasada que causa la burla y el escarnio.

—No fomente la lástima hacia sí mismo, por su situación, Frank —pidió Savage con sinceridad, sin ablandar su voz ni tratar de paliar las circunstancias—. Ustedes han luchado para salir adelante con su taller. Si son atacados, deben poner dificultades a los atacantes. Por otra parte, si han sido maltratados, heridos y chantajeados, lo primero que hay que hacer es llamar a la policía.

—No.

— ¿Teméis represabas? —preguntó Joan.

—Sí, estoy seguro de que saldríamos perdiendo. Ellos ya nos lo advirtieron, nada de avisar a la policía. En principio, fue ésa nuestra intención, llamar a la policía pidiendo la protección a la que tenemos derecho, pero luego votamos y...

— ¿Prefirió no llamar a la policía? —preguntó Savage.

Frank, como resignado a la desgracia, explicó:

—Dijeron que sabían dónde vivíamos cada uno de nosotros y que tenían muchas formas de encontrarnos, aunque fuera uno a uno. Tenemos miedo, estamos indefensos.¿Es que no se dan cuenta? Es humano, ¿no?

—No te excites, Frank. Sabemos que hubo varios heridos —le dijo Joan.

—Sí, dos piernas, un brazo roto, un hombro dislocado, golpes múltiples en cabeza y cuerpo y lo que le ocurrió a Jennie... No quiero ni recordarlo, no quiero. Si volviera a suceder creo que no lo podría soportar.

—Y también tu mano atravesada —le recordó Joan.

—Sí, mi mano atravesada por una cuchilla.

— ¿Cómo explicará al médico, a la policía, todo lo que les ha pasado? —preguntó Savage.

—Fácil —repuso Frank—, Hubo una falsa alarma de luego, nos precipitamos hacia la salida y resultamos accidentados. Ya ven, es fácil apartar a la policía de nosotros. Si esos criminales vieran a la policía cerca, se vengarían y... ¡es tan sencillo vengarse de nosotros...! Cada uno en su casa escuchando pasos de intruso, esperando que, en cualquier instante, una respiración inesperada se coloque junto a nosotros y comencemos a ser golpeados o rociados con gasolina y luego convertidos en antorchas. ¿Qué defensa nos sugiere, Savage? —

inquirió con evidente sarcasmo.

Joan se adelantó a la respuesta de Savage y confesó:

—Parece increíble que haya seres tan malvados, tan criminales, que sean capaces de atacar a quien no puede replicarles.

—Los hay —suspiró Savage—. Yo sé de otros casos en que ciegos, en solitario o en grupo, han sido golpeados por criminales sin escrúpulos, ratas, pura basura, algunos por divertirse, otros por cobrar un dinero que alguien les ha prometido. Hay de todo; por eso insisto en que mi consejo es que llamen a la policía y les expliquen el caso. La policía tiene suficientes agentes para montar un servicio de vigilancia efectivo.

— ¿A casi cien ciegos? ¡Vamos, Savage, es demasiado! ¿Y durante cuánto tiempo podrían mantener este servicio que resultaría muy costoso al erario público? ¿Una semana, quince días, acaso un mes? ¿Y luego? Si los criminales desaparecían decidiendo esperar, ¿qué sucedería después? ¿Es que no se da cuenta de que siempre tenemos las de perder?

—Le voy a ser sincero, Frank. Si hicieran un reportaje sobre lo que les ha sucedido, lo enfocaría denunciándoles a ustedes.

— ¿A nosotros? —repitió, muy incrédulo; el artesano ciego.

—Sí, a ustedes por no confiar en la sociedad, en la policía, en sus derechos y en sus posibilidades, fíjese bien que digo en sus posibilidades.

— ¿Qué posibilidades? —inquirió Frank perplejo.

—Creo que, con más o menos razón, se han asustado y han dejado de pensar, y dejar de pensar es nefasto, para ustedes, más que para los que vemos.

—Savage, habla usted con» si le fuera muy fácil colocarse en nuestro pellejo. ¿Acaso es ciego?

—No, no lo soy, tengo una vista excelente y no lo digo con orgullo sino porque, simple y llanamente, es así; pero yo también he aprendido a utilizar al máximo los demás sentidos. Creo que podrían establecer más vigilancia, mejorar sistemas de alarma, tener una comunicación directa con la estación de policía más próxima... Podrían reforzar el enrejado de todas las ventanas y asegurar bien las puertas. ¿No hay nadie que vea, en su taller artesano?

—Sí, míster Gordon y mistress Priscilla.

— ¿Son los que se ocupan de la administración?

—Sí, administración y relaciones exteriores. Desgraciadamente, en el momento en que se produjo el atropello, ellos no estaban allí.

—Mal hecho. Deben organizarse mejor, y cuando mistress Priscilla tenga que salir, pues que no lo haga míster Gordon y a la inversa, de tal modo que por lo menos siempre haya un par de ojos que puedan

ayudarles. Además, tienen ustedes perros.

—No solemos llevarlos al taller; son perros lazarillos, no perros de combate.

—Pidan perros a la propia policía y páguenlos, si se les pone precio. Sitúen esos perros alrededor del taller, deben protegerse.

— ¡Muy bien, muy bien! —aplaudió Frank—. Y luego, cuando saliéramos de esa caja fuerte en que usted propone convirtamos nuestro taller, ¿qué? No vivimos allí, sino que trabajamos allá.

—Un patrullero de la policía podría escoltar sus vehículos de desplazamiento.

— ¿Y las noches? ¿Y los fines de semana? Siempre estaríamos en tensión, esperando... Algunos, preferirían reventar. ¿No se da usted cuenta de que ya es duro para nosotros seguir adelante en la vida, en las condiciones que estamos? Sólo faltaría esa tensión, esa espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas.

—La policía atraparía a los criminales y el peligro habría terminado —expuso Joan,

—A eso le llamaría yo un milagro, pero hemos aprendido mascando miedo, rabia e inseguridades, a vivir de una forma práctica. Cuando se ha resignado uno a perder algo tan importante como la vista, es fácil acomodarse a perder otras cosas. Caemos, pero nos volvemos a levantar. Caeremos y también volveremos a levantarnos; lo que no vamos a consentir de ninguna manera es que nos atropellen de nuevo en la forma que ya lo hicieron y si no, pregúnteselo a Jennie, verán qué les responde.

—De modo que no están dispuestos a pedir ayuda a la policía, a denunciar el caso.

—No, por ahora, y no crea que es una decisión personal, es una decisión democrática.

—Comprendo que teman un nuevo ataque —admitió Savage.

— ¿Y qué hará ahora, Savage? ¿Un reportaje sobre los ciegos artesanos atropellados y extorsionados?

—No puedo hacerlo, sería como llamar la atención de esos criminales para que trataran de vengarse en ustedes. Si yo realizara ese reportaje, la policía intervendría de inmediato, pese a la negativa de ustedes.

—Veo que lo ha comprendido...

—Sin embargo...

— ¿Alguna objeción, Savage?

—Sí.

—Es preferible que no la exponga, hay cosas que no tienen solución.

—Me extraña que unos tipos como ustedes, que han sabido montar

un magnífico taller de artesanía en régimen — de autogestión, sin estar protegidos, digan que hay cosas sin solución. No, no lo admito; sé que reconsiderarán su actitud.

—Eso lo dudo —replicó Frank—. Ante todo, está nuestra seguridad personal y física, y esos criminales ya nos han demostrado que les importa muy poco atacarnos, dañarnos. No son amenazas, ya son hechos y no queremos que se repitan.

—Hablando de una forma vulgar, lo que ustedes van a hacer es dejar que esos chantajistas raqueteros se cuelguen de la teta de la vaca y vayan chupando.

— ¿Y qué remedio le queda a la vaca, si es vaca y tiene ubres para que se le lleven la leche?

—Un sarcasmo que no me convence; admito que estén asustados, pero pueden rehacerse.

—No nos convencerá para que llamemos a la policía.

—Ellos tienen agentes de paisano que les protegerían; no serían descubiertos.

—Un fallo y pagaríamos los débiles. La cuerda siempre se rompe por el punto más débil y en este caso somos nosotros. No insista, me doy cuenta de que lo hace con buena voluntad, pero no insista.

Joan miró interrogante a Savage. Este, que no se daba por vencido, propuso:

—Por lo menos, déjenme actuar a mí y les doy mi palabra de que no avisaré a la policía hasta que ustedes me autoricen.

— ¿Actuar usted, en qué forma?

—Estoy acostumbrado a verme las caras con indeseables. Sé que utilizaron *nunchakus* para atacarles, son tipos que saben cómo golpear para hacer el máximo daño. Déjenme actuar; yo revisaré su taller, y les enseñaré los lugares que deben protegerse mejor.

— ¿Y si ellos piensan que es usted un policía, cuando le descubran?

—Nadie me va a confundir con un policía. Todos ustedes sabrán quién soy yo y si alguno es interrogado, dirá la verdad. Soy Moses Pacific Savage, un reportero que está interesado en el taller de ciegos artesanos, eso es todo.

—Pero ¿qué podrá hacer? Ellos son muchos.

— ¿Cuántos? —preguntó Savage

—Nosotros éramos casi cien y no sabemos si ellos eran cuatro o doce, para que se dé cuenta en qué situación de desventaja nos hallamos.

—Lo comprendo, pero no importa. Déjenme actuar; además, les enseñaré algunas cosas.

— ¿Como qué cosas?

—Judo.

— ¿Judo? ¿Está loco? Somos ciegos.

—Sí, ciegos, pero no paralíticos. Pueden practicar judo para la autodefensa. El karate sería diferente, porque los golpes que se dan en karate hay que dirigirlos a puntos concretos del adversario. Si ustedes aprenden algo de judo y quien les ataca lo ignora, se llevará una sorpresa, puedo prometérselo. El judo puede ser útil para ustedes porque en él no se pierde contacto con el adversario. Se trata de cogerlo por la chaqueta, por las muñecas, y ustedes, con el tacto hiperdesarrollado que poseen, podrán desplazar a sus enemigos en la dirección que deseen o cuando menos, hacerles una presa de inmovilización, y si me apuran, hasta de estrangulamiento.

— ¡Es imposible, no lo creo!

—Me decepciona usted, Frank. No diga que no puede aprender judo hasta que no lo haya intentado; no se arrugue antes de comenzar. ¿Quiere seguir siempre dando palos de ciego? —preguntó, tratando de herir la sensibilidad de su interlocutor.

El artesano disminuido físico vaciló; movió la cabeza a derecha e izquierda.

—Nadie lo va a creer, no se convencerán.

— ¿Se refiere a sus compañeros?

—Sí.

—Propóngalo y que sea optativo para los que deseen aprender a defenderse. No les puedo prometer que sabiendo judo vayan a ser superiores a quien tiene ojos para ver dónde pega y en qué lugar puede esconderse, pero sí les prometo que darán muchos disgustos a quienes les ataquen. Además, no sólo es una autodefensa; en la disciplina del judo aprenderán ustedes a caer.

— ¿A caer?

—Sí, a caer. Parece una cosa idiota dicha así, de pronto, pero no lo es. Si a uno de ustedes se le empuja, como a cualquier otra persona vidente, y no sabe caer, corre el riesgo de romperse un brazo, una muñeca, el cuello o el cráneo. Si aprenden a caer se evitarán posibles lesiones Además, el judo les hará sentirse mejor, física y espiritualmente; adquirirán mayor seguridad en sí mismos, se sentirán equilibrados y compensados. No es ninguna panacea, pero si para los videntes el judo es de una gran utilidad física y espiritual, para ustedes también lo será y si no es así, me lo dicen cuando lleven un año de prácticas.

— ¿Un año?

—Es lo mínimo. No piensen que el judo es un jueguecito de niños; los niños lo aprenden para que, cuando lleguen a adultos, sean muy expertos, pero el judo requiere una práctica continuada para mejorar y mejorar.

—Pero habrá cosas que nosotros no podremos realizar.

—Lo que de verdad se demuestre que no pueden hacer, lo dejaremos de lado, pero lo básico en el judo, los *ukemis* o caídas, los *kuzushi* o métodos para desequilibrar, las *nagewaza* o proyecciones, las *ashi-waza* o llaves de piernas y los *katame-waza* o inmovilizaciones, seguro que podrán realizarlas a la perfección.

— ¿Y cómo podremos aprender?

—Con otros judokas que les enseñarán los movimientos. Si les entregamos un método, en cinta magnetofónica, les será suficiente para aprender la teoría antes de cada clase práctica.

—Sí, y lo podemos traducir al sistema Braille y repartir los métodos entre los compañeros.

—Entonces no habrá problemas. Si ustedes comienzan a aprender a defenderse, desecharán los miedos y temores y harán frente a lo que sea. ¡Ah! Si aprenden judo no alardeen, en ningún momento, de conocer sus técnicas, ya que están en desventaja inicial. Ustedes deberán basar su defensa en la sorpresa, ¿me comprende?

—Sí, claro, pero somos muchos y harán falta muchos maestros para comenzar a aprender.

—Deje que yo me ocupe de ese asunto, les proporcionaré monitores, pero han de prometerme una cosa.

— ¿El qué?

—Que no van a pagar a esos criminales.

—Lo siento, pero hemos acordado pagar y nuestras votaciones democráticas son sagradas.

—Está bien, está bien, pero ¿pusieron fecha?

—No, eso no.

—Entonces, retardarán el pago todo el tiempo que yo les pida.

—Es usted tozudo, Savage.

—Me interesa su caso; deberé hacer algunas investigaciones preliminares.

—Si esos indeseables le consideran un peligro, nos atacarán.

—No, si averiguan que sólo soy un periodista que trabaja al margen de la policía.

—Es usted muy convincente, Savage. ¿Por qué quiere llevar a cabo una tarea tan difícil como arriesgada?

—Cuando hay un suceso tan sucio como el que les convierte en víctimas a ustedes, siento la necesidad imperiosa y vital de actuar. Créame que no es un afán de protagonismo. Ustedes están en problemas y yo quiero que me concedan el honor de ayudarles con mis pequeñas habilidades y conocimientos; es un ruego.

—Por la forma en que me habla, casi diría que es usted oriental, Savage.

En la mente de Savage se produjo un *flash-back,* fue como verse a sí mismo desde una dimensión distinta, desde otro plano, desde el presente hacia el pasado...

Sí, porque en su mente estaba viendo un lanchón de las Air Force USA flotando en el océano Pacífico. Un enfermero lo alimentaba con la poca agua dulce que tenía para él, a la que añadía leche en polvo, un enfermero que enloquecía por la sed y bajo un implacable sol, pero que estaba dispuesto a salvar la vida del recién nacido, costara lo que costase.

Ellos dos solos flotando en la inmensidad de las aguas oceánicas. ¿La madre? Su cadáver ya había desaparecido en las aguas. Había muerto al dar a luz y el enfermero, creyendo que resistiría, no había anotado nada en ninguna parte.

¿De quién era hijo Savage? ¿De una japonesa casada con un militar americano? ¿De una norteamericana que después de estar con su esposo en la base de Okinawa regresaba a casa? ¿De una norteamericana que había tenido que ver con algún japonés culto y capaz de enamorarla, por su sensibilidad, por su alma de artista? ¿Quién sabía algo? Sólo el viejo enfermero recluido en el hospital psiquiátrico militar de San Diego, y él nada decía. El recuerdo del nacimiento de Savage debía haber quedado en su mente como una burbuja de memoria encerrada dentro de una masa gris atrofiada por el sol, la sed y el miedo.

¿Oriental, occidental, mestizo? No lo sabía. Él era sólo Moses Pacific Savage. Savage por su rebeldía ante los sistemas injustos en que lo habían educado, relegándolo por considerar que podía llevar en sus venas sangre amarilla. Moses, por haber flotado sobre las aguas de un lanchón, y Pacific, por ser el gran océano Pacífico el lugar donde fuera hallado.

Sí, pudo ser cualquier cosa en la niñez, pero de adulto sí sabía lo que era: un ciudadano del mundo con pasaporte norteamericano por casualidad, nada más. No poseía espíritu yanqui, ni orgullo por pertenecer a ninguna clase o raza concreta; pero todo aquello que sentía en su mente y que se desplazaba nítido y transparente por sus venas, resultaría siempre difícil de explicar al prójimo, porque el prójimo siempre se mostraba receloso, observando el mundo a través del pequeño orificio de sus propios problemas.

Por ello levantándose, dijo simplemente:

—Me comunicaré con ustedes, Frank.

Frank también se puso en pie y su perro le imitó. El hombre vaciló, hubiera deseado decir muchas cosas o, por lo menos, alguna, pero de su boca sólo salió una disculpa.

—Bueno, podía haberles ofrecido algo de beber...

CAPÍTULO IV

Los, tres individuos de aspecto patibulario se veían muy fornidos y tenían andares de matón. Cada uno de sus movimientos era provocativo, parecían perdonar la vida del prójimo. Eran tres buscavidas de muelles que solían pasarse la mañana durmiendo en sus catres y su vida activa comenzaba a media tarde por las tabernas.

Los tres habían estado en presidio. Uno de ellos, el mestizo, había sido encarcelado en dos ocasiones y hubiera repetido, si la justicia hubiese logrado probarle más delitos, que todos estaban seguros había cometido.

Una cosa que parecía divertirles extraordinariamente era asustar a las mujeres y más de una furcia de la zona había recibido palizas de ellos. Se comentaba que más de un chulo que tratara de hacerles frente había desaparecido en las aguas oscuras y sucias de los muelles, cosido a puñaladas.

No eran tres angelitos, sino criminales bien calificados. La policía estaba harta de ellos y de otros tipos que actuaban de forma similar. Broncos, malcarados, de mirada torva y cometiendo pequeñas raterías y extorsiones, porque cuando habían emprendido *algo grande,* como ellos decían, era cuando habían sido arrestados casi de inmediato. Eran camorristas, matones de baja estofa, sin cerebro organizativo, mas eran de temer, porque estaban acostumbrados a buscar peleas.

— ¡Eh, tú, ya te pagaremos mañana! —le dijo el mestizo al propietario del bar.

— ¿Mañana? —se quejó—. Ya debéis...

—Cállate o mañana tampoco cobras.

Dando un portazo se alejaron entre carcajadas. Sabían que el cantinero no avisaría a la policía. La ley sólo podía obligarles a pagar la consumición y después, libres, se vengarían.

Nada más salir a la calle se vieron rodeados por tres individuos que no se parecían a ellos en absoluto. Eran más estilizados y ágiles, de miradas más frías e inescrutables. Dos de ellos empuñaban pistolas checoslovacas.

— ¡Eh, tú...! ¿Qué quieren estos amarillos? —rezongó Cugan, uno de los camorristas portuarios.

— ¿Buscáis pasta para una toma? ¿Es que sois drogadictas? —gruñó Stonehands, el más bronco del trío.

—Subid a la camioneta sin buscar bulla.

— ¿Para qué hemos de subir a la camioneta? —preguntó el mestizo. —Un amigo desea hablaros.

— ¿De qué? —inquirió Cugan

—Negocios —respondió el coreano, que no llevaba pistola.

— ¿Negocios y venís con artillería? A lo peor no sabéis manejar esos juguetes y os asustan los *pum, pum, pum* —se burló Stonehands.

— ¡No podemos esperar! ¡A la camioneta! —apremió el coreano.

—A lo peor nos disparan —ironizó Cugan.

Los tres asiáticos no parecían tener prisa, y si la tenían, no lo demostraban en absoluto, se hallaban imperturbables.

—Si los tres no queréis venir, que vengan dos.

Cugan, tratando de tomárselo a risa, preguntó:

— ¿Y el tercero?

El coreano que hablaba, mirando significativamente a uno de sus compañeros, ordenó:

—Dispara contra uno.

Ante aquella orden, los tres palidecieron. Cualquiera de ellos podía ser el que cayera al suelo, agujereado su cráneo por una bala, y ninguno deseaba morir.

Por eso, el mestizo se apresuró a decir:

—No, no, vamos los tres.

—Pues aprisa.

Los dos hombres armados, sin articular palabra, se encerraron en el cajón del vehículo con los tres pendencieros, mientras el coreano se ponía al volante.

La camioneta partió rodando, rápida, observada por varios curiosos que se habían fijado en el incidente sin atreverse a intervenir, entre ellos el tabernero que sonrió pensando que los que no le pagaban iban a recibir una lección que se habían ganado a pulso.

—Oye, Stonehands, estos amarillos no hablan.

—No bromees, Cugan. Ya sabes cómo son estos asiáticos. Parece que no te odian y te dan una puñalada. No te fíes nunca de su mirada, son como los osos, que crees que están contentos y te sueltan un zarpazo.

Como que los dos orientales armados no bajaban sus armas y se mantenían alertas, los tres camorristas optaron por dejarse llevar. Después de todo, no les habían cacheado, y los tres llevaban afiladas navajas que ya conocían el sabor de la sangre.

La furgoneta descendió por un plano inclinado y, después efectuó varios virajes bruscos.

— ¿Qué pasa? ¿Adónde nos lleváis? —gruñó el mestizo.

Cugan, en uno de los giros del vehículo, se llevó la mano al cinto por la espalda. Cuando iba a sacar su navaja, el cañón de una de las pistolas checoslovacas le dio duro entre los ojos, de tal forma que le nubló la vista durante unos segundos, mas no le quitó la facultad de

pensar y se dijo que con un golpe como aquél contra su cráneo, el arma podía dispararse sola.

— ¡Cuidado, no vayas a matarme!

El asiático se retiró hacia atrás, tras haber demostrado que estaba atento a los gestos de los tres pendencieros.

La furgoneta, tras detenerse, hizo marcha atrás de forma tan brusca como inesperada. A los tres camorristas les dio por reír, no parecían tomarse demasiado en serio las pistolas, aunque Cugan ya tenía la frente marcada. Al fin, el vehículo se detuvo y los dos asiáticos abrieron las portezuelas y saltaron al suelo. El coreano del volante hizo lo mismo y les comunicó:

—Ya podéis salir.

Los tres buscabullas portuarios, con cierto recelo, salieron del furgón y al fin, mirando en derredor, Stonehands comentó:

—Esto parece un garaje subterráneo.

—Lo es —corroboró una voz inesperada para ellos, pues no pertenecía a ninguno de los tres sujetos que acababan de secuestrarles.

Un hombre de aspecto asiático, pero que debía poseer mezcla de razas en sus venas, apareció ante ellos vestido de negro con un cinturón rojo. Su cabello era escaso, lacio, e intensamente negro. Sus ojos pequeños eran ligeramente almendrados e irónicos, Lucía un bigote en forma de herradura cuyas guías terminaban en los bordes de las fuertes mandíbulas, un bigote muy cuidado y estrecho Casi parecía dibujado con uno de esos lápices blandos que las mujeres utilizan para reforzar el color de sus cejas.

Hizo saltar en su mano algo que a los ojos de los tres delincuentes semejó una especiede amuleto. Era un bastoncito de madera de teca, no mayor de quince centímetros de largo, con el tallado de dos cabecitas de dragón en ambas puntas, unas cabecitas muy estilizadas. El grosor del bastoncito tendría, aproximadamente, tres cuartos de pulgada.

—Parecéis unos tipos de cuidado —rezongó el hombre del *yawara,* porque aquel bastoncito no era otra cosa que un *yawara,* un arma japonesa, el más pequeño de los *bo.* Aquel bastoncito, encerrado en la mano de un karateka, podría, resultar mortífero, lo cual ignoraban los tres matones.

— ¿Tú eres el que quiere hablar con nosotros de negocios? —inquirió él mestizo.

—Sí.

— ¿Qué clase de negocios? —preguntó Stonehands, que estaba orgulloso de la dureza de sus puños que tantas caras habían triturado en las peleas que buscaba por el simple placer de golpear a alguien.

—Se trata de vuestra vida.

— ¿De nuestra vida? —interrogó ahora Cugan—. ¿Qué clase de negocio es ése?

—Ya lo he dicho, se trata de vuestra vida. Voy a mataros; si conseguís evitarlo, habréis salvado el cuero, así de simple.

Los tres americanos no terminaban de comprender lo que les estaba diciendo.

— ¿Y por qué quiere matarnos? —preguntó el mestizo, perplejo.

—Es muy sencillo Parar mantenerme en forma debo practicar, y en los dojos no se puede practicar en serio; hay que marcar los golpes, pero no se puede lastimar al adversario.

— ¿En los cojos, dice? —inquirió Cugan, empequeñeciendo sus ojos.

—Ha dicho en los dojos —le corrigió el mestizo.

—Eso es, en los dojos. ¿Sabes lo que es un dojo? —preguntó el mestizo—¿No es donde se practica judo, karate y todo es»?

—Sí, es como el gimnasio de las Artes Marciales Orientales. ¿Has estado en alguno?

—Bueno... —El mestizo se balanceó a derecha e izquierda, queriendo dar la sensación de que estaba de vuelta de todo.

—Vosotros me vais a servir ahora de práctica, no puedo perder la forma. Tengo asuntos muy serios que resolver, de modo que practicaré con vosotros; os voy a matar.

—Pero tratar de matarnos por practicar es una estupidez —objetó Stonehands forzando una sonrisa en su rostro patibulario.

—No, no es ninguna estupidez. Vais a convertiros para mí en lo que en boxeo llaman *sparrings;* claro que tendréis la oportunidad de defenderos. Estoy seguro de que hasta lleváis navajas o porras. Sois libres de utilizar cualquier cosa que llevéis encima.

— ¿Quieres decir que sólo vas a pelear tú?

A la pregunta de Cugan, aquel extraño sujeto asintió.

—Sí.

Stonehands preguntó:

— ¿Y ellos? —señaló a los demás orientales.

—No intervendrán, palabra.

—Está bien. ¿Quién de vosotros empieza? —preguntó Stonehands, dándose cuenta de que aquellos asiáticos no bromeaban

Quien les estaba retando y del que desconocían hasta el nombre, se rio abiertamente de ellos.

—Los tres, los tres a la vez.

Stonehands, Cugan y el mestizo se miraron entre sí, desconcertados. Después se volvieron hacia el hombre del bigote en turma de herradura.

— ¿*Y*tú qué vas a usar? —preguntó Cugan.

— ¿Yo? —volvió a reírse—. Esto.

Levantó el pequeño *yawara* del dragón bicéfalo lo que a los tres criminales les parecía un amuleto sin importancia, algo de risa.

—Yo no me lo creo —gruñó Stonehands—. Si te cosemos a puñaladas, ellos dispararán sobre nosotros.

—Pero ¡qué estúpidos y engreídos!

Dio unas órdenes en una lengua que ellos no entendieron y los tres orientales montaron en la furgoneta alejándose del *parking* subterráneo.

— ¿Convencidos ahora?

—Muchachos, a este bocazas hay que darle una lección qué no olvide nunca —gruñó Stonehands.

Los tres pendencieros, acostumbrados a pelear en grupo, en manada, como perros cimarrones, se separaron para dejar en el centro a aquel desconocido que aseguraba querer practicar con ellos para mantenerse en forma.

En el *parking,* de paredes y columnas de hormigón, no había nadie más; sólo unos coches estacionados al fondo de la nave.

Aquel extraño personaje vestido de negro, con cinturón rojo, les dejó moverse a su voluntad, semejaba burlarse de ellos.

Tres hombres de aquella catadura eran más que peligrosos; sin embargo, el individuo del *yawara* del dragón bicéfalo no parecía temerles lo más mínimo; para él, aquello no era más que una sesión de prácticas con golpes reales. Obviamente, exponía su cuerpo a ser golpeado o acuchillado, mas era un riesgo que debía correr si deseaba seguir en forma.

Stonehands se lanzó hacia él con los puños por delante, aquellos puños que ya podían considerarse asesinos porque habían matado.

Ante su sorpresa, Stonehands no sólo pasó de largo junto al que quería golpear, sino que recibió una dolorosísima patada en la rodilla que le envió al suelo.

— ¡A por él, idiotas! —chilló desde el suelo.

El mestizo sacó su navaja, desnudando la brillante y afilada hoja de acero.

Cugan le atacó por el frente, casi seguro de poder parar los golpes, pero se equivocó. Cuando creía que la mano armada con el *yawara* iba a golpearle, recibió con la zurda de aquel temible luchador un *shotei-uchi* en el mentón. La mano abierta le golpeó con el *tenar* y Cugan cayó hacia atrás.

El mestizo quiso hundir su navaja en el cuerpo del extraño personaje, mas éste, con un *mawashi-geri,* apartó la mano armada. El golpe dado con el canto del pie izquierdo le ladeó y casi seguidamente se pudo escuchar: *chass.*

El *yawara* acababa de impactar con una de sus cabecitas de dragón en el cráneo de Cugan, que se llenó de sangre y cayó lentamente al suelo como si su espíritu, si es que lo tenía, estuviera abandonando el cuerpo.

— ¡A por él, Stonehands! —gritó el mestizo, al ver caer a Cugan con el cráneo abierto.

Ya armados de sus respectivas navajas trataron de cogerle por el frente y la espalda. Ellos sabían luchar en las tabernas, en los muelles, pero nada sabían de aquellas técnicas orientales para la lucha; se veían en superioridad numérica y estaban armados de navajas, pero...

— *¡Kiiiaaaaaaiiiiii!*

Quedaron paralizados bruscamente, como si acabaran de arrojarles un narcótico a la cara.

Aquel grito, salido de lo más hondo de su enemigo, les puso los pelos de punta, rebotando por todas las paredes de hormigón del *parking* subterráneo.

De poderlo comprobar, se hubieran dado cuenta de que con aquel *kiai* fuerte y horrísono, hasta las ratas que andaban por aquellos contornos se habían puesto a temblar, reculando hasta encajarse en sus madrigueras.

El asioamericano se elevó en el aire, como capaz de volar. Proyectó una *ashigatana* a la cara del mestizo, mientras se ladeaba en el aire y lanzaba un mazazo con el *yawara,* justo entre los ojos de Stonehands.

Crash, primero...*Plof,* después...

A Stonehands se le abrió la trente entre los ojos, hundiéndosele. El rostro, desfigurado, se llenó de sangre, mientras caía hacia atrás con las manos abiertas y las mandíbulas separadas, queriendo gritar de pánico y dolor.

El mestizo, alcanzado por la *ashigatana,* había sentido un dolor intensísimo. El maxilar se le desencajó, tomando su rostro un extraño aspecto, un aspecto grotesco que él mismo ya no podría ver, porque al caer hacia atrás a causa de la fuerza del golpe, se dio contra una de las columnas de hormigón, desnucándose. Cayó sentado contra la columna y quedó quieto.

—Basura, sólo basura. Por un momento creí que las prácticas durarían un poco' más; por lo visto no hay que fiarse demasiado del aspecto feroz y patibulario.

Se acercó a un gran «Lincoln» continental que había al fondo y al abrir la portezuela, asomó una cabecita de mujer.

— ¡Magnífico como siempre, Lee!

— ¿Y qué esperabas, Joan? —preguntó, mirando a sus víctimas con desprecio.

Ella sacó la cabeza, miró a los tres caídos con sus bellos ojos color de melocotón y observó:

—Te he visto por el retrovisor. La verdad es que no temía que te sucediera nada, te conozco.

— ¿Crees que Savage durará más que ésos?

Ella sonrió y respondió:

—No sé, Savage lo hace todo muy bien.

— ¿A qué te refieres con ese *todo?*

En aquel momento, regresó la furgoneta al *parking* subterráneo. De ella saltaron los asiáticos y Lee salió del «Lincoln» para recibirlos y darles órdenes.

—Tiradlos al mar, pero lejos de la ciudad, y pasad la manguera por el suelo para que no queden huellas de sangre.

Lee se puso al volante del «Lincoln» continental. Sorteó los cadáveres que eran metidos en sacos de plástico y salieran al exterior. Media hora más tarde dejaban el automóvil en el estacionamiento del Busines Center Building, un magnífico edificio que se alquilaba por dependencias y en el cual más de un centenar de empresas tenían oficinas, lo mismo centrales que sucursales de otras que podían hallarse en grandes ciudades de la nación.

En uno de las cuatro docenas de ascensores subieron al piso veintiocho y se introdujeron en la oficina que allí tenía montada Lee, pero no utilizaron la puerta principal en la que podía leerse: Exportations Lee Association,

En el despacho principal aguardaba Roney, uno de sus hombres de raza blanca, delgado y muy alto, con brazos y piernas extremadamente largas para la longitud de su tronco.

— ¡Hola, Lee! Ya ha llegado el palomo.

—Magnífico, que espere un poco.

Lee sacó ropa de un armario y se cambió, colocándose una camisa de cuello de cisne y una chaqueta deportiva que le rejuvenecía. Si ya era de por sí un hombre fuerte y ágil, estas cualidades quedaban realzadas por la ropa.

—Voy a prepararme —le dijo Joan.

Se metió en el cuarto de aseo y cuando volvió a salir, lucía una peluca morena y llevaba gafas. No parecía la misma, tenía aspecto de secretaria eficiente sin dejar de ser joven y atrayente, pues no había forma de mermar el atractivo de sus pechos plenos y punzantes o sus nalgas redondas y perfectas.

—Podemos empezar, ¿te parece? —le preguntó Lee.

—De acuerdo.

Lee habló por el dictáfono.

—Roney, haz pasar a míster McMonroe.

—Enseguida —respondió la voz del sujeto que se mantuviera a cargo de la oficina en ausencia de Lee y Joan.

Se abrió la puerta y apareció Roney haciendo pasar a un hombre que si no era cincuentón, poco le faltaba.

Su estatura era mediana, vestía con elegancia y se cuidaba el cabello de tal forma, que a Joan le pareció que utilizaba un añadido capilar, quizá un peluquín de gran calidad, porque no se notaba, pero se intuía, pues su peinado era demasiado perfecto para ser natural.

McMonroe sonreía displicente como si estuviera por encima de todos y se hubiera rebajado al personarse en aquella oficina comercial.

— ¿Míster Lee? —preguntó, barriendo el despacho con su mirada, de pared a pared, pasando por delante de la cara mongólica de Lee como si no le viera.

Actuaba como una mujer arrogante y vanidosa que estuviera segura de que todos teman que rendir pleitesía a su belleza.

—Tome asiento, míster McMonroe, estaba seguro de que vendría —le dijo Lee abierto, casi deportivo, con el estilo americano de negociar.

McMonroe dedicó una caída de ojos a Joan, que sonrió casi con pudor y bajó la mirada hacia unas supuestas listas que estaba repasando. McMonroe podía llegar a suponer que acababa de conquistar a una secretaria más.

—Verá, míster Lee, llevo prisa, en el club tengo una reunión con gente muy importante. Sin mí, la reunión no se anima. —Suspiró—, En fin abrevie por favor. Todavía no sé por qué estoy aquí.

—Porque le interesa, míster McMonroe.

— ¿A mí? —preguntó, alargando el *mí.*

—Míster McMonroe, represento a una importante financiera.

— ¿Ah, sí, y qué pasa conmigo? ¿Qué financiera ha dicho que es? Conozco tantas. Si puedo ayudarle con algún telefonazo... tengo muchos amigos...

—Yo también tengo amigos, míster McMonroe; sé que desciende usted de una familia importante.

—Naturalmente. ¿Es que no se nota?

—Sí, claro que se nota, pero los negocios de la familia han venido a menos.

—Tonterías, enemigos que pretenden ensuciar mi nombre.

—Me he informado sobre usted, míster McMonroe

— ¿Cómo se ha atrevido a investigarme? Le voy a procesar, puedo llamar a mí abogado.

—Sí, claro, pero esto no es una comisaría y no se te acusa de nada. Sólo deseo proponerle un negocio; un trato interesante para ambos.

— ¿Negocios, tratos?

Lee parecía un tigre trente a un cervatillo ingenuo que debía

pensar que, con un poco de cornamenta, tendría suficiente para burlarse de la fiera.

Lee sabía que McMonroe había heredado tarde en su vida, pero gracias a eso, aún podía seguir disfrutando de algunas rentas. Si hubiese heredado más joven, ya estaría en la más completa ruina.

Había pasado por la universidad e, incluso, se había licenciado, pero nadie daba un centavo por sus conocimientos. Saber hacer, lo que se dice saber hacer, no sabía más que estar en reuniones, en salas de fiesta, ir de viaje, jugar al tenis y acudir a clubs privados con tarjeta de socio propia o con invitación de sus amistades que parecían ser numerosas.

Mas todo este tren de vida había hecho que McMonroe se fuera comiendo la herencia de su abuela tan rápidamente como un cohete «Saturno» consume combustible. McMonroe había tenido que pasar en varias ocasiones por los despachos de dirección de algunos Bancos. Hasta aquel momento había ido salvando obstáculos liquidando la parte sólida de la herencia, es decir, tierras e inmuebles, pero el pastel que pudo durarle toda la vida, por querer comérselo a lo grande y rodeado de mucha gente para que le vieran hartarse aplaudiéndole se acababa con terrible rapidez. Lee había sabido escoger al hombre que le interesaba para sus fines

—Mire, McMonroe, nos vamos a callar nombres, hasta que el asunto esté atado y bien atado. Sé que hay otras financieras interesadas en lo que usted puede vender; es importante, muy importante, y no voy a dejar escapar un solo cabo.

— ¡Ejem, ejem...! ¿Dice que hay varias financieras interesadas? No sabía nada, claro que he recibido algunas llamadas extrañas... —por primera vez perdió la verticalidad de su tronco y se inclinó por encima de la mesa despacho hacia Lee, mientras Joan lo observaba de reojo, a través de las gafas que no le hacían falta—. ¿Qué es lo que yo puedo venderles?

Quedaron en suspenso; a McMonroe le pareció que Lee tardaba un siglo en responder.

—Un solar. —se volvió hacia la falsa secretaria y pidió—: Juan, por favor, la maqueta.

Juan apartó la silla, se puso en pie y se acercó a un armario de madera de embero. Corrió una de las puertas y sacó una maqueta que no parecía pesar demasiado. Era un bello edificio de línea atrevida, de acero y cristal, rodeado de jardines en su base, un edificio que, a juzgar por el número de ventanitas, tendría unos cuarenta pisos de altura.

McMonroe se lo quedó mirando. Joan fue hacia la mesa y para colocarlo bien, rozó toda la cara de McMonroe con uno de sus pletóricos senos. McMonroe no protestó.

Joan se volvió hacia él, sonrió tímidamente y se retiró. McMonroe, como temiendo a Lee, se apartó con tanta ligereza, que parecía un experto en el arte de sobar a las mujeres que no eran suyas, quizá había practicado mucho en las innumerables fiestas *y* reuniones sociales a las que asistía habitualmente.

— ¿Qué le parece, McMonroe?

—Pues un edificio magnífico. ¿Van a construirlo?

—Si usted nos vende el solar sobre el que se elevará, sí. No le voy a engañar, tenemos mirados tres solares, pero el de usted es el que más agrada al consejo de administración de la financiera y por eso la maqueta se ha levantado a escala sobre las medidas del solar que usted puede vendernos.

— ¿Levantar todo ese edificio en un solar urbano que yo puedo venderles? No le entiendo, míster Lee; creo que se ha confundido de persona. ¡Qué más quisiera yo que tener un solar de esa clase para vender, valdrá una fortuna!

—Estimamos que sí y pagaremos al contado.

A McMonroe comenzó a temblarle la mano izquierda, pero su rostro se mantenía sereno.

—Sigo sin comprender. ¿Cómo puedo venderles algo que no poseo?

—Usted es el propietario del solar que nos interesa, un solar urbano perfecto para este edificio; pero, y siempre hay un *pero,* está ocupado por un taller artesanal de ciegos.

— ¡Ah, sí, los ciegos asociados!

—Exacto.

—Artisan-Work Bild Association, la ya famosa ABA. Son unos sujetos con mucho ánimo, que salen adelante. La verdad es que los admiro; yo, en su lugar, creo que ya me habría pegado un tiro.

—Ellos ocupan un solar que le pertenece a usted.

— ¡Ah, sí, claro! Y me pagan una renta anual por ese solar. Creo que la nave la montaron ellos mismos con permiso de mi abuela, aunque los permisos de obras figuran a nombre de la propietaria del solar. Nada se puede hacer, mi abuela firmó un contrato de, alquiler indefinido y sin más posibilidad de aumento legal que el que estipule el Gobierno por costos de vida, una miseria. En realidad, por ese solar que me legó mi abuela, que se sentía muy filántropa, olvidándose de las necesidades perentorias de sus herederos, me dan una renta ridícula.

—Un solar que podría reportarle alrededor de dos millones de dólares...

— ¿Dos millones de dólares ha dicho? —repitió McMonroe abriendo los ojos de forma obsesiva. El tic nervioso se le pasó al lado

izquierdo del labio inferior.

—Naturalmente, ha de estar libre de compromisos, totalmente libre de compromisos —recalcó. Los ojos de Lee brillaban burlones, al decir aquello.

—Todo esto es bonito, pero sólo es un sueño. El contrato con esos artesanos está muy claro. Si vendiera, echándoles a la calle, me llevarían a un proceso y lo perdería. Además, tenga en cuenta las particulares circunstancias de esos artesanos. La gente se me echaría encima, la prensa, mis amistades... ¿Cómo podría echarlos? La ley estaría de su parte.

—Pero usted es el dueño del solar.

—Como si no lo fuera. Sólo soy propietario de una renta, hasta que ellos se cansen de hacer pulseritas, cinturones, pitilleras y todo eso que se empeñan en fabricar, en vez de quedarse en casita cuidando a su perro o que el perro les cuide a ellos.

—Sí, ya se sabe. Cuando un disminuido físico pone fe en un trabajo, no hay quien le gane en constancia.

Saben que han de ser competitivos y temen perder su trabajo, por eso luchan más de lo que lucharía otro artesano u obrero, en su lugar. Para ellos es más vital superarse día a día y demostrar que no están acabados.

—Usted mismo coincide en opinar conmigo que no van a dejarlo.

— ¿Y si les ofreciera otro solar en otra parte?

—Eso me costaría mucho dinero y yo no tengo por qué mantenerlos —replicó McMonroe, molesto al ver que perdía la oportunidad de cerrar un trato en el que ni siquiera había soñado. Dos millones de dólares que le podían caer del cielo como delicioso maná.

—Bueno, a nosotros nos interesa el solar y, la verdad, he estado pensando mucho en esta situación y podría sugerirle algo que seguro le interesará y si no, pues tanto gusto en conocerle y adiós.

—Espere, espere... ¿Qué piensa sugerirme?

—Dice que no se puede echar a los artesanos ciegos. . .

—Eso es.

—Pero ellos sí pueden marcharse, disolviendo su asociación.

—Eso no lo harán jamás.

—Se equivoca. Yo conozco a determinados personajes que conseguirán que esos artesanos aborrezcan su trabajo y liquiden el taller, devolviéndole a usted el solar que entonces le compraríamos nosotros.

— ¿De qué forma?

—Eso a usted no debe importarle. Ellos tienen sus métodos, algo expeditivos, no voy a negárselo. Tienen que arrumar el negocio de la

ABA; seguramente pasarán por los puntos de venta en fin, ya sabe, los cargamentos se estropearán...

—Pero, si tienen seguros...

—Ya le digo que no debe preocuparse, ellos lo harán todo bien, de tal forma que acabarán largándose

— ¿Y si interviene la policía?

—Usted no sabrá nada, porque nadie les dirá que se marchen. Será una decisión a la que llegarán ellos mismos. Usted no deberá preocuparse por nada.

—Si es así, adelante.

—Un momento... Este trabajo correrá de su cuenta.

— ¿Qué quiere decir?

—Tendrá que pagar cien mil dólares; es más o menos lo que le va a costar que esos sujetos actúen hasta el final.

—Cien mil dólares es mucho dinero, una cantidad muy difícil de reunir, así, de pronto...

—Si usted cree que el trato puede interesarle, yo le prestaría los cien mil dólares, claro que luego serían deducidos del pago del solar en compraventa.

— ¿Que usted me va a prestar el dinero?

—Sí, claro que me firmará un documento conforme le presto ese dinero. Yo se lo daré y puedo pedir a esos sujetos que entren en acción. Ellos se pondrán en contacto con usted y usted acudirá a una cita que le hagan y pagará en efectivo, porque esa gente cobra en efectivo.

—Pero ¿usted me dará ese dinero antes?

—Cuando le citen, me llama y yo prepararé el dinero. No habrá problemas, usted sólo tendrá que pasar el dinero de una mano a otra Ahora, si está de acuerdo, me firmará unos documentos.

—Sí, sí, claro. ¿Qué documentos son?

—Pues unas arras por la compraventa del solar y un recibo por los cien mil dólares...

—Es que todavía no me los ha dado...

—Si se los entregara ahora podría gastárselos, señor McMonroe. Además, yo me juego el cuello con esa gente que va a desalojar a los ciegos de su solar. Si fes encargo el trabajo y usted no paga, luego me ajustarían las cuentas a mí; claro que si no le interesa que hagamos el trato, puede echarse atrás.

McMonroe se rascó la cabeza olvidándose de su peluquín, estaba tan nervioso que su rostro se había descompuesto. Firmó lo que Lee pidió, éste dominaba totalmente la situación.

Se estrecharon la mano como si acabaran de sellar un pacto importante. Luego, Lee levantó la maqueta y se la puso entre los

brazos, diciéndole:

—Llévesela, tenemos otra igual. Así podrá ver lo que se levantará en ese solar que nos va a vender —volviéndose hacia Joan, pidió—: Acompáñalo hasta la puerta, por favor.

La chica sonrió, siempre con aparente candor.

—Encanto, ya te llamaré —rezongó McMonroe, que terminó desapareciendo hacia el ascensor, cargado con la maleta.

CAPÍTULO V

Cuando Joan estacionó su viejo «Ford» en el *parking* del East Memorial College vio un autocar que ostentaba unas siglas bien claras en su costado: ABA. No le cupo duda que pertenecía a los artesanos ciegos que estaban siendo víctimas de la extorsión.

Salió del automóvil y andando fue al campo de deportes, justo cuando llegaba Moses P. Savage, que le salió al encuentro.

—Creí que no ibas a venir.

—No podría perdérmelo.

Se besaron en los labios. Después, Savage la rodeó por el hombro y la condujo hacia el mullido césped del campo de deportes. Allí había muchos hombres vestidos con judogis blancos y se podía distinguir rápidamente a los monitores y a los alumnos: Cinturón negro para los monitores, como correspondía por haber alcanzado tal categoría, y cinturón blanco para los alumnos, unos alumnos muy especiales que tratarían de aprender judo hasta donde les fuera posible

— ¿Crees que conseguirán aprender? —preguntó Joan, observándolos a distancia.

—Sí.

—Lo dices muy seguro.

—Es que estoy seguro. McMiller ha facilitado un cinturón negro por cada dos alumnos. A la dirección del colegio le ha parecido una experiencia interesante y ha cedido su campo de deportes sin dificultades.

— ¿Crees que podrán defenderse con el judo que aprendan?

—Sí, siempre que actúen por sorpresa. Lo malo para ellos es que sus posibles enemigos se den cuenta de que saben judo y se mantengan a distancia. Es indispensable que ellos agarren al adversario; luego, ya todo es más fácil. Creo que les servirá de mucho para defenderse, pero esto no es lo más importante.

— ¿Qué es lo más importante, entonces?

—Seguridad, fe en sí mismos. Se moverán mejor, con más soltura y elasticidad.

Perderán esa tirantez de músculos que algunos tienen, esa especie de acartonamiento. Adquirirán una mejor posesión de su entorno, se irán dando cuenta de que tienen más posibilidades físicas de las que ellos suponían. Se relajarán y, si siguen adelante, conseguirán unas fuerzas ignoradas; no por perder la vista iban a quedarse sin ellas.

—Lo cierto es que yo no conozco nada de las Artes Marciales Orientales… —mintió Joan—. ¿Tan eficaces son?

—Más de lo que muchos creen; tú deberías aprender.

— ¿Judo?

—En mi opinión, el karate es más efectivo para la mujer.

— ¿Por qué?

—Una mujer bien entrenada en karate, con un par de golpes puede poner fuera de combate al atacante.

— ¿Y con judo no?

—También, pero es más difícil, son dos técnicas diferentes, aunque parezcan semejantes. El judo es más defensa y el karate más ofensivo, más de ataque.

— ¿Y si la mujer ha de defenderse?

—La mejor defensa es el ataque, no es una frase mía, pero creo que es muy válida. En el judo es más importante la diferenciación de categorías por peso; una inmovilización realizada por un judoka de cincuenta kilos de peso no tendrá muchas posibilidades de éxito si se la practica a un judoka de noventa kilos.

—Y en el karate, ¿esa diferencia es válida?

—Si tú volteas a un atacante lanzándolo al suelo y echas a correr, ¿cuánto trecho crees que correrías si el asaltante proyectado se vuelve a levantar y corre tras de ti?

—No mucho, claro; a menos que llegue al coche.

—Con el karate, si golpeas bien, el que caiga tardará mucho más en levantarse.

— ¿Una mujer puede matar con karate?

—Sí.

La respuesta de M. P, Savage fue tan clara como rotunda. Joan lo observó de reojo mientras el Star Budoka mirando hacia el campo donde los artesanos ciegos ponían mucho interés en seguir las instrucciones de sus monitores, que les ayudaban a caer e insistían en la forma de la colocación de sus cuerpos: espalda encorvada, mentón pegado al pecho para evitar desnucamientos, plegado de piernas que actuaban como muelles, lo mismo que picado de manos sobre la hierba para aminorar el golpe de la caída.

— ¿Han venido muchos?

—Calculo que un treinta por ciento, aproximadamente. Es lógico que muchos aún tengan sus prevenciones, pero si éstos se animan, les contarán a los demás sus impresiones y espero que en los próximos días acudan más.

— ¿Y no corren peligro de dañarse?

—No más que otro budoka. Tienen un monitor para cada dos alumnos; es una clase especial. Están bien cuidados y además vigilan algunos familiares que también han venido con ellos.

—Sí, ya veo —asintió Joan, fijándose en el grupo de espectadores

que observaban atentamente la clase de judo efectuada sobre el césped, donde no habían paredes ni obstáculos que pudieran dañar a los alumnos.

—Mira aquella chica.

— ¿La rubita?

—Sí.

—Está muy sola.

—Y muy seria.

—Es muy hermosa y muy joven —admitió la propia Joan, que a sí misma se consideraba bella y no estaba equivocada—, pero es ciega.

—Tener un defecto no suele ser culpa de uno mismo, son las circunstancias de la vida. Lo que me produce dolor es que fue una de las más maltratadas en el ataque de esos repugnantes raqueteros.

— ¿Ella?

—Vamos a acercarnos, necesita compañía, está encerrada en sí misma.

— ¿Por qué habrá venido, si no quería aprender judo?

—Supongo que deseaba estar aquí, quizá no sepa dónde estar mejor. Su mente debe ser un torbellino de nubarrones.

—Pobre; no ve y viene como espectadora —musitó Joan.

Se aproximaron a Jennie, que se hallaba en un banco y, al hacerlo, se colocaron a ambos lados de la muchacha, Savage la saludó.

— ¡Hola Jennie! Soy Savage y conmigo, está Joan, también es periodista.

Al oír aquello, Jennie apretó las mandíbulas con fuerza. Bajó los párpados sobre unos ojos que no veían, ocultos tras unas gatas muy oscuras, y se levantó del banco como movida por un resorte metálico. Savage la cogió del brazo reteniéndola, y ella casi explotó:

— ¡Déjeme!

Savage dio un tono natural y tranquilizante a su voz:

—Somos tus amigos, nadie va a publicar lo que te pasó.

Jennie, al borde del llanto, pero sin tirar con fuerza de su brazo suplicó:

—Por favor, déjenme marchar.

—No Jennie. Imagino cómo te sientes.

—Nadie más que yo puede saber cómo me siento.

—Te comprendemos, Jennie —le dijo ahora Joan con preocupación en su *voz.*

Savage casi obligó a Jennie a sentarse de nuevo y ella no opuso resistencia.

— ¿Qué quieren de mí? ¿Un reportaje sensacionalista? ¿Fotografías escandalosas sobre mí, para vender más revistas?

—Nadie estropeará tu imagen, Jennie, somos tus amigos —le

repitió Savage—. Estamos tratando de que tengáis defensa, si volvéis a ser atacados.

—No tenemos defensa.

—Yo he propuesto a Frank que pida ayuda de la policía —puntualizó Savage.

— ¿La policía? ¿Y cuánto tiempo podría estar cuidándonos?

Joan le propuso:

—Podrías aprender judo como los otros.

— ¿De qué me hubiera servido? Me atacaron tres o cuatro, no lo sé.

Ya no pudo contenerse más y estalló en sollozos convulsivos. No escondió la cara y las lágrimas descendieron por la base inferior de las gafas.

Savage alzó su mano derecha, la pasó por el hombro de la muchacha y dirigió sus hábiles dedos hacia la nuca femenina. Comenzó a hacer dígitopuntura, presionaba y parecía acariciar, pero sabía muy bien dónde presionaba, por dónde resbalaban las yemas de sus dedos.

Jennie se fue tranquilizando y dejó de sollozar, de temblar su cuerpo mientras en el césped los demás artesanos y monitores seguían con la clase de judo.

Joan lo observaba y no pudo evitar que en sus pupilas apareciera un brillo de admiración hacia aquel hombre de ojos intensamente verdes y brillantes como esmeraldas, cabello negro y lacio, un cabello abundante que caía sobre su frente en forma de fleco. Aquel hombre transpiraba virilidad y amistad. De pronto, se sintió avergonzada de sí misma, sucia de conciencia, y volvió la cabeza hacia la hierba.

—Jennie, tú y yo tenemos que hablar mucho. Eres muy joven, tienes toda la vida por delante.

—Ya no sé si quiero vivir —confesó ella, con toda la sinceridad que parecía brotar de su alma o de sus entrañas, como el borbotón de un manantial que nace espontáneo porque la tierra es ya incapaz de contenerlo.

—Muchas mujeres han sido atropelladas y rehacen sus vidas.

Jennie no replicó a Joan y Savage prosiguió:

—A ti te hace falta conocer un ambiente distinto. —Para mí no hay más ambiente que las tinieblas.

—Tienes compañeros —casi le reprochó Savage.

—Sí, son amigos, pero el mundo está lleno de malvados.

—No todos son malvados —rectificó Savage—. Y a los malvados les ajustaremos las cuentas, no te quepa duda. Yo tengo una porción de amigos que se preparan para eso. Están en un lugar diferente a esta ciudad, a cualquier ciudad conocida. Es un lugar distinto a esta

escuela y a cualquier universidad. Allí se aceptan todas las creencias, todas las formas de pensar. Todos se aman y están propicios a ayudar a su prójimo para ayudarse a sí mismos. Es un lugar muy especial, donde las palomas vuelan, y aunque no las puedas ver, se oye el batir de sus alas. El silencio se aprecia, porque se puede oír mejor el rumor del viento entre el follaje de los árboles o el chapoteo de una carpa, al asomarse a la superficie en busca de comida u otear lo que ocurre afuera, curiosa. Es un lugar donde se puede escuchar el salto de la rana o el diálogo de los compañeros.

— ¿Y existe ese lugar? —preguntó Jennie, casi hipando.

—Sí, y se llama Liberty Garden. ¿Te gustaría ir allá algún día?

— ¿Por qué no? No tengo a nadie, nadie me espera. ¿Qué más da que muera o me vaya a ese sitio?

—Entonces, Jennie, palabra de Savage que en cuanto pueda te llevaré a Liberty Garden; pero ahora, tenemos que hablar de esos tipos, es importante tratar de averiguar cómo son y cómo actúan. Esperamos que se comuniquen, hay que darles su merecido.

—Lo que tú digas, Savage.

CAPÍTULO VI

Joan aguardaba en la cafetería hasta que vio detenerse el «Mercedes Benz» gris perla junto al bordillo de la acera. Reconoció de inmediato la cabeza noble del conductor, por lo que pagó y salió aprisa.

— ¡Hola, Savage!

—Sube.

Ella rodeó el coche, subió y cerró de un portazo. Casi instantáneamente, el vehículo arrancó, conducido por las manos, hábiles de Moses Pacific Savage.

— ¡Uy! ¿Este es tu coche?

—No.

— ¿De un amigo, como el barquito?

—No, de una casa de alquiler. Si tuviera que comprar un coche en cada ciudad donde trabajo, estaría listo; tampoco me saldría a cuenta transportarlo.

—Pero ¿tú tienes coche?

—Sí.

— ¿Especial?

—Sí.

— ¿Un deportivo?

—No, es un coche diferente. Tiene nombre, bueno, es lo mismo que marca, porque, al fin y al cabo, sólo hay uno en el mundo, se llama «Daymio».

— ¿«Daymio» qué significa?

—Señor de samurais; bueno, la verdad es que no sé por qué le pusimos ese nombre. Costó bastante de hacer, es un modelo único con muchas peculiaridades y que, al mismo tiempo, resiste las pruebas que puedan imponer las reglamentaciones oficiales de todos los países. Es un coche excelente, fabricado pieza a pieza, casi con amor, de una forma artesanal.

— ¿Potente?

—Mucho.

— ¿Grande?

—Sí, y tiene seis ruedas.

— ¿Como esos bólidos de fórmula 1 que han salido ahora de seis ruedas?

—No las tiene distribuidas de la misma forma. Esos bólidos de fórmula 1 tienen un juego de cuatro ruedas delante, mi «Daymio» las tiene atrás. Es un coche excelente, capaz de grandes cosas en momentos difíciles.

— ¿Cosas que no podría hacer un «Mercedes» como éste?

—Por supuesto. Un «Mercedes» es un gran coche, uno de los mejores del mundo, pero el «Daymio» es otra cosa, no está hecho en serie.

— ¿Y pudiste pagar para que te lo fabricaran especial? —Me lo hicieron unos amigos.

— ¿En ese Liberty Garden de que le hablaste a Jennie?

—Sí, allá.

—Debe ser un lugar maravilloso. ¿Por qué no me llevas?

—Lo pensaré; de momento, vamos de visita.

—Creí que me llevabas a algún club.

—Pues no, vamos de visita.

— ¿Y se puede saber adónde?

—No tardarás en averiguarlo.

La mansión era antigua, pero regia. Savage, informado, sabía que como lastre para su propietario tenía cuatro hipotecas y, por otra parte, tenía desperfectos y falta de pintura por carecer de servicio o de un presupuesto de mantenimiento que para una casa como aquélla era indispensable.

— ¿Quién vive aquí?

—Es la mansión de los McMonroe, una familia que fue importante.

Hizo mucho por esta ciudad y por todo el condado, pero vino a menos. —pulsó el timbre.

— ¿Ahora saldrá un mayordomo? —preguntó Joan.

Quien apareció fue una mujer de aspecto agriado, como de no cobrar su salario en años, pero no se atrevía a abandonar la casa por conocer hasta los más íntimos reductos de la misma, quizá por haber nacido en ella.

— ¿Qué quieren? Si son cobros, pasen por el Banco.

—Calma, señora. Me llamo M. P. Savage y míster McMonroe me está esperando.

— ¿Savage?¡¡Miiiiiíster!! —gritó.

Apareció la figura de McMonroe cubierto con una bata corta. Sonreía amablemente mientras hacía a un lado a la doméstica.

—Ve a la cocina... ¡Ejem!, ¿me buscaban?

—Estoy muy interesado por un reportaje sobre los McMonroe. Soy periodista *freelance* y la señorita también.

McMonroe se la quedó mirando muy fijo, como si tuviera necesidad de utilizar gafas.

—Oiga, ¿no la conozco yo a usted?

—No he tenido el gusto —respondió ella, flemática.

—Pues yo juraría que la he visto en otra parte, quizá habrá sido en alguna reunión. Siempre hay tantos periodistas en las celebraciones; pero, pasen, pasen, síganme. McMonroe les condujo hasta su despacho y las pupilas de Joan se clavaron en la maqueta de un edificio de más de cuarenta plantas. Savage, siguiendo la mirada de Joan, también se fijó en la maqueta y terminó acercándose a ella

— ¿Está a escala? —preguntó.

— ¡Ah, la maqueta...! Bah, no tiene importancia.

Cogiéndola, la transportó a una mesa al fondo del despacho.

— ¿Sabe lo que me interesa, McMonroe?

—Sí, mi nombre, ya me lo ha dicho. Los McMonroe siempre hemos sido importantes, aquí, y lo seguiremos siendo.

— ¿A costa de ese solar? —inquirió Savage, señalando la maqueta.

— ¿Cómo dice?

—Vamos, McMonroe, que no soy ningún imbécil. Me ha bastado una ojeada para calcular las dimensiones del solar sobre el que está provee tacto ese edificio.

—No le entiendo —replicó McMonroe, palideciendo.

— ¿No se ha dado cuenta, también, de que está escrito en la acera el nombre de la calle?

—Pues no... Digo, sí. ¿Adónde quiere ir a parar, Savage?

—Ese solar, en realidad, lo ocupa la nave taller de Artisan-Work Blind Association y, que yo sepa, no piensan edificar ningún

rascacielos encima.

—Me desconcierta, Savage. No sé bien de qué me habla.

—Sí lo sabe, McMonroe, sí lo sabe, y las cosas se le van a poner muy feas.

—Señorita, ¿usted piensa como él?

—Es que yo tampoco sé bien de qué habla Savage.

—Los ciegos artesanos han sufrido un ataque y una extorsión desmesurada, brutal; les piden cien mil dólares.

—Yo... yo no sé nada —insistió McMonroe, tragando saliva y tratando de colocarse entre Savage y la maqueta, lamentándose interiormente por haberlos dejado pasar sin retirarla antes.

—Nadie les ha pedido que abandonen su taller de artesanos, pero si su negocio se hunde, si los extorsionan, si los atacan, si los ponen en situación desesperada, pueden regresar a sus casas y limitarse a vivir de la pensión social olvidando su obra artesanal.

—Pero... ¿qué... qué... demonios está suponiendo usted? —barbotó.

—Que es muy posible que detrás de la extorsión y el ataque haya un interés en que abandonen su taller y quede el solar libre, un solar que, ahora, al transcurso de los años, se habrá transformado en muy valioso, un solar que ha heredado usted pero que fue cedido por su abuela a los artesanos invidentes para que desarrollaran su trabajo allí y, para no calificarlo de dádiva, ellos pagarían un alquiler anual.

— ¡Que es una miseria!

—No lo era tanto cuando este alquiler se impuso. Si ha habido especulación del suelo, no tienen la culpa esos artesanos en problemas.

—Sus suposiciones me ofenden, son una vil calumnia. Les ruego que abandonen mi casa, no faltaría más. Tengo los periodistas que quiero para que hablen de mí como se debe, es decir, bien.

Joan creía que iban a ser empujados hacia el exterior, mas no ocurrió así porque M. P. Savage no se dejó empujar. Se quedó frente a McMonroe, levantó su mano y aplicó su dedo índice sobre la frente de McMonroe, como deteniéndolo.

—Tiene usted tanto miedo que se va a mojar en los pantalones —rezongó.

— ¿Yo?

—Sí, se está mojando, pero de miedo.

Joan parpadeó perpleja. Miró el suelo y junto a los pies de McMonroe fue apareciendo líquido que empapó la alfombra. No daba crédito a lo que estaba viendo... Efectivamente, el peripuesto McMonroe se estaba orinando encima.

—No le saldrá bien este negocio, McMonroe. Más tarde o más temprano, la policía entrará en el asunto, ha habido un asalto al taller

y malos tratos, hasta el punto de roturas de huesos y una violación a una muchacha ciega y totalmente indefensa. Usted será cómplice de todo lo ocurrido. ¿Cuánto supone que sus abogados van a cobrarle por tratar de rebajarle unos años de condena?

—Yo no he hecho nada, nada, lo juro, lo juro... —balbució, sin atreverse a moverse.

—Va a contarme lo que sepa porque me parece que en todo este asunto usted sólo es un pelele.

—Un hombre... un hombre me ha querido comprar el solar, yo no quería, se lo juro, no quería...

Moses P. Savage y Joan escucharon lo que McMonroe les contó y también respondió a algunas preguntas hechas por él *free-lance*.

Joan quedó totalmente desconcertada. Savage estaba interrogando y sacándole la verdad a McMonroe utilizando su fuerte personalidad, sin amenazarle ni golpearle. McMonroe explicó todo lo que sabía y Savage, después de oírle, dijo:

—Voy a ir a esa dirección del Business Center Building. Si llama por teléfono para avisar a esos tipos, va a tener problemas. ¿Comprendido, McMonroe? —Sí, sí, comprendido.

—Vamos, Joan, a ver si encontramos a esos tipos.

Joan miró por última vez a McMonroe y éste inclinó la cabeza avergonzado, rodeado por el charco nacido de su miedo.

Joan subió al «Mercedes-Benz» y Savage condujo rápido en busca del rascacielos destinado a oficinas comerciales.

— ¿Avisarás a la policía?

—Eso lo diré luego; antes, también tengo que hablar con los perjudicados.

— ¿No quieres hacer nada sin contar con ellos?

—No.

— ¿Por qué? Si tratas de ayudarlos...

—No sería justo. Ellos corren muchos riesgos, como dijo Frank, y su situación es delicada. En ocasiones, cuando se trata de ayudar a alguien con buena fe, lo que se hace es perjudicarle, como cuando se recoge a un herido de tráfico sin tomar las debidas precauciones de socorrismo.

Savage se metió en el *parking* subterráneo del gran rascacielos y luego pasaron al ascensor. Subieron hasta la planta que el propio McMonroe les indicara y, al llegar frente a la puerta, no encontraron ningún rótulo como les había dicho que encontrarían.

Savage llamó a la puerta y nadie respondió. —Parece que no hay nadie —observó Joan.

—Sí, eso parece, y está oscuro.

—Puede que se hayan marchado ya a casa, es tarde.

— ¡Eh! ¿Qué hacen aquí?

Se volvieron, descubriendo a un vigilante de servicio interno del edificio de oficinas comerciales.

—Oiga, ¿no existe aquí una oficina de exportación? —preguntó Savage.

— ¿Exportaciones? No, no —denegó el vigilante, que les observaba atentamente, como calculando la posibilidad de que fueran unos delincuentes.

— ¡Qué raro! —objetó Savage—. Nos han dado esta dirección.

—Este local está por alquilar, hace unas seis semanas que no lo ocupa nadie.

— ¿Seguro que no lo ocupa nadie? —insistió ahora Joan.

—Seguro, pero ¿quiénes son ustedes, pueden mostrarme su documentación?

—Sí, cómo no —respondió Savage exhibiendo su carnet de periodista.

— ¡Ah, es reportero!

—Nos habían dado esta dirección para entrevistarnos con un tipo llamado Lee.

—Pues no hay nadie, y se lo voy a demostrar.

El vigilante, con una llave maestra, abrió la puerta y apareció la oficina vacía. Había un par de mesas y varias sillas; no había nadie y todo semejaba abandonado.

— ¡Qué raro! —comentó Savage y tocando la superficie de las mesas. También entró en el cuarto de aseo—. ¿Cuánto tiempo hace que abandonaron esta oficina?

—Hace unas seis semanas —repitió el vigilante.

—Gracias, nos habrán tomado el pelo.

—Sí, eso parece —sonrió aquel hombre al ver que le daban la razón.

La pareja abandonó la oficina primero, y el edificio después.

—Nos ha engañado ese McMonroe —expuso Joan, casi con un gruñidito de enfado.

—No nos ha engañado.

— ¿Cómo que no?

—Creo que ha dicho la verdad.

—Si la oficina estaba vacía...

—Sí, pero con las superficies de las mesas demasiado limpias para hacer seis semanas que está desocupada.

— ¿Te refieres a que debía haber una capa de polvo?

—Sí, pero no existía, lo he comprobado y aún hay más.

— ¿Más, qué más? —preguntó, interesada.

—Ya te lo diré en otro momento, ahora poco podemos hacer. ¿Qué

te parece si visitamos a Frank? Tenemos noticias que darle.

— ¿Ahora? Empieza a anochecer...

—Tendremos tiempo luego, si tú lo quieres, para dedicar gran parte de la noche a nosotros. En el motel donde me hospedo hay un *night club park* y una piscina magnífica, podemos pasarlo muy bien.

—De acuerdo, de acuerdo, tú siempre sabes lo que haces, eres un tipo que vive a lo grande. Yo todavía estoy empezando como reportera.

—Si perseveras en tu trabajo, todo llegará.

Y pisó el freno para detenerse frente a un semáforo rojo que les cortaba el paso.

CAPÍTULO VII

La reunión de aquella noche en casa de Frank, en principio sólo tenía carácter amistoso, pero Joseph, Jennie y los videntes míster Gordon y mistress Priscila, sabían que además de reunirse amigablemente hablarían en serio quizá sobre algo que al día siguiente tratarían de exponer en la mesa democrática del taller de artesanos.

Era como si Frank quisiera atar cabos para que cuando expusiera sus ideas tuviera ya con quién contar o, por lo menos, saber a qué atenerse.

Míster Gordon y mistress Priscila trataban de mostrarse normales, casi joviales, pero en el fondo estaban nerviosos. Se sentían culpables, porque el asalto había ocurrido en su ausencia y siendo ellos los únicos que veían en el gran taller de artesanos, en el momento adecuado no habían podido dar la alarma o, cuando menos, avisar a la policía En el fondo se decían para sí mismos, como autoexcusándose, que los Bancos también estaban vigilados y en cambio eran asaltados. Cuando unos criminales estaban dispuestos a todo, ¿quién iba a poder impedirlo?

— ¿Para qué me habéis llamado a mí? —preguntó Jennie, rompiendo el silencio.

—Hasta el perro de Frank la miró, como perplejo por oírla hablar, pues al acudir a la casa ni siquiera había dicho buenas noches.

—Tú has sido una de las más perjudicadas.

Jennie volvió a sentirse mal. Si todos hubieran sido ciegos no se habría sentido tan violenta, pero allí estaban los que llevaban la administración del taller y ellos debían estar observándola por si enrojecía de vergüenza por algo de lo que no era precisamente culpable sino víctima, y Jennie enrojeció a pesar suyo.

—He estado hablando en el Banco y me han hecho muchas preguntas —dijo Gordon, como queriendo romper la tensión.

Sostenía un vaso de whisky con hielo en su mano izquierda en la que destacaba un gran anillo con una piedra negra que tenía vetas grandes. Según míster Gordon, aquel anillo le aliviaba el reuma; nadie se lo creería pero él se sentía mejor llevándolo.

—El dinero es nuestro, ¿no? —inquirió Joseph, molesto, encajado en el sofá.

Al hablar debido a su ceguera, no miró a Gordon sino a la derecha de Frank y el perro de éste bajó su largo hocico y lo descansó entre

las patas. Todo iba bien. Había tensión en el ambiente, pero nadie le inspiraba suficiente inquietud como para temer que su amo pudiera ser atacado.

—Sí, el dinero es de la A.B.A., pero los del Banco siempre son desconfiados. Puedes echarles cubos de dinero a la caja, que te sonreirán y no te harán preguntas, pero cuando dices «ese dinero puedo sacarlo», las sonrisas se tornan sospechas. No les gusta que saquemos el dinero del Banco y menos en efectivo, en billetes pequeños y usados. Es como si el dinero fuera del propio cajero del Banco, que se vuelve como un mastín defendiéndolo, el muy imbécil... —gruñó Gordon.

Mistress Priscila, madura, pero bien cuidada gracias a los setenta dólares semanales que dejaba en el instituto de belleza, añadió:

—He tenido que ir a corroborar, con mi firma, la petición; claro, una cantidad así... Lo que yo haría es avisar a la policía.

— ¡A la policía no! —protestó Jennie deduciendo que la acosarían a preguntas.

Los periódicos publicarían lo que le había sucedido a ella y los médicos comenzarían a explorar sus intimidades para dar su repórter forense. Todo aquello la aterraba; era como si a partir de ese instante quedara desnuda ante la sociedad, a merced de cualquiera, y si llegaba ese caso, sólo le quedaría marcharse de un mundo que le era totalmente hostil.

—Si la policía hiciera preguntas, ¿qué podríamos responder nosotros? —preguntó Joseph, y se respondió a sí mismo—: Nada, nada, y si esos tipos vigilan nuestro taller a distancia, ¿cómo podrán cazarlos? De ninguna forma y ellos pueden presentarse en cualquiera de nuestras casas y atacarnos impunemente.

Míster Gordon, pragmático, bebió un sorbo de whisky y agitó los cubos de hielo dentro del vaso, haciéndolos entrechocar como para destacar su presencia. Como si hubiera utilizado el hielo en forma de campanillas para pedir audiencia, dijo a continuación:

—Hay que admitir que la situación es muy peligrosa; sin embargo, sacar ahora cien mil dólares del Banco es peligroso. Dentro de un mes habrá que pagar la lenta anual a míster McMonroe; además, caen pagos de materias primas y los impuestos estatales, todo eso subirá una cantidad considerable.

—Pero nos quedará suficiente después de pagar los cien mil, ¿no? —inquirió Joseph, siempre más preocupado del trabajo que de la administración.

—Pues no, no podremos cubrir todos esos gastos y los cerebros grises del Banco, que con sólo pulsar unos botones lo controlan todo, conocen casi todos los pagos que nos van a caer encima, además de los salarios, por supuesto, y descontados los posibles ingresos. Les es

fácil porque hacen el cómputo del año pasado, por estas fechas, calculan la posible provisión de fondos para dos meses y saben lo que nos va a hacer falta.

—Podrían darnos un crédito —insistió ahora Joseph. —Es posible; siempre hemos sido unos clientes sin problemas que no hemos pedido crédito. La A.B.A ha pagado puntualmente, pero eso no quita que ya, a la defensiva, quieran saber adónde van a parar esos cien mil dólares que les arrancamos, como si fueran suyos cuando no lo son, cien mil dólares que luego nos obligarán a solicitar un crédito. Considero lógico que quieran saber qué sucede.

Joseph volvió a la carga, sugiriendo soluciones:

—Podríamos exponer que vamos a invertir en pequeña maquinaria. —Como si de pronto se diera cuenta de que su compañero y amigo Frank se mantenía en silencio, sin aprobar lo que él decía, le interpeló, sin dar tiempo a que nadie montara palabras sobre las suyas—. Frank, ¿tú qué opinas?

—Verás, Joseph, si pagamos esos cien mil dólares nos colocaremos en una situación muy precaria y si luego nos piden más, ya no podremos pagar.

—Es que sólo lo daremos una vez —advirtió Joseph.

—Estoy seguro de que si nos ven blandos, volverán a la carga y nos exigirán más. Si nos hemos de negar a la segunda vez, ¿por qué no a la primera, y ahorraremos esos cien mil dólares que nos hacen falta? Nuestro negocio era para mantenerse, no para hacerse millonarios; nosotros no podemos perder una cantidad semejante. ¿Y si luego se nos destruye la nave por un incendio? Ya sabéis que la empresa de seguros, simplemente porque éramos ciegos, no quiso hacernos la póliza en situación normal y nos ponían tanto recargo, por considerarnos altamente peligrosos, que rechazamos esa póliza. Estamos expuestos a un incendio y si nos coge sin dinero, ¿qué pasará? Opino que si pagamos, si entregamos nuestras reservas, estaremos expuestos a que nos barran, a que nos hundan, y si llega ese caso, tendríamos que clausurar el taller y marcharnos a nuestras casas y ese taller es vital para nosotros, totalmente vital.

— ¿Más vital que nos rompan la cabeza con palos? —inquirió Joseph—. ¿O que vuelva a pasar lo de Jennie?

— ¡Por favor, no me lo recuerdes más, Joseph! —protestó Jennie, súbitamente airada.

—Es mejor razonar con calma —propuso mistress Priscila sacando un largo cigarrillo y colocándolo con mucho cuidado entre sus labios pintados a pincel, unos labios que trataban de ser distinguidos en su trazo, sin perder atractivo sexual.

—Os he pedido que vinierais para deciros que he cambiado de opinión; es mejor recurrir a la policía. Existen unas leyes que nos

protegerán, estamos asustados como conejos ante coyotes. Nosotros, con nuestro taller, pagamos nuestros impuestos y la ley tiene que defendernos.

—La ley no lo puede todo —advirtió Joseph.

—Pero intenta evitar los crímenes y cuando ya están cometidos, trata de capturar a los culpables. Si nos encogemos y pagamos, no seremos fuertes, siempre seremos débiles.

—Es que somos débiles —puntualizó Joseph.

—No tanto como tú pretendes. Si psicológicamente te sientes fuerte, serás fuerte. Es una actitud ante la vida, ante los demás Fuimos fuertes cuando comenzó a funcionar el taller. Acuérdate de los problemas que tuvimos por aquellos días, parecía que no íbamos a vender ni uno solo de los objetos que realizábamos.

—Era diferente —protestó Joseph, que no aceptaba la idea de avisar a la policía.

—No es tan diferente como crees. Temamos miedo pero nos lo comíamos, Joseph, nos lo comíamos. Y ahora tenemos que hacer lo mismo, hay que ser fuertes.

Con un gruñido, Joseph inquirió:

— ¿Y si nos vuelven a atacar?

—Como se hará público lo que nos sucede, la sociedad exigirá a la ley que actúe, les pedirá explicaciones.

Ysi alguno de nosotros cae para ir a la Morgue y ello sirve para que los asesinos, más tarde o más temprano, sean capturados, habrá valido la pena porque los que queden, sean muchos o pocos, se sentirán más fuertes. Habremos dado ejemplo de resistencia, no de conejos o de gallinas, como se dice por ahí.

—Frank, ¿te has vuelto loco; pretendes convertirte en mártir? Eres un tonto, Frank, un tonto. Si tú tienes ganas de que te maten a palos, yo no. Toda la culpa la tiene ese Savage que te ha llenado la cabeza Él es quien aconsejó que avisáramos a la policía y te ha convencido. Además, está toda esa estupidez del judo. ¿De verdad crees que podríamos defendernos sabiendo judo?

—Sí.

— ¿Por qué lo crees, si tú ni siquiera has ido a practicar? —le preguntó irónico.

—No he ido porque tengo la mano herida, si no, hubiera acudido; pero he hablado con los que han practicado y te aseguro que han cogido moral. Tú deberías ir a practicar.

—¡¡¡Kiiiiiaiii!!!

Los cinco, incluido el perro, quedaron como paralizados.

Aquel kiai, en forma de rugido, les había sorprendido, pero al mismo tiempo sonó un fortísimo estampido y la puerta del chalet se

abrió con la jamba astillada, arrancados los tornillos y parte de la cerradura.

El perro, confundido por los olores de distintas personas, no había notado la proximidad de intrusos junto a la puerta, unos intrusos que se habían movido con tanto sigilo que él, con su fino oído, no había logrado captar sus pisadas. Se habían deslizado como felinos, como si llevaran las plantas de los pies almohadilladas.

Después del kiai que había sido como un bombazo, turbando la paz del chalet y haciendo saltar su puerta, aparecieron dos orientales armados con sendos *nunchakus.*

Uno de ellos había reventado la puerta de una patada, demostrando así la bestial contundencia de sus golpes.

—¡¡Agg!!

Mistress Priscila lanzó un grito de miedo y sorpresa. Por su parte, Jennie deseó que lo mismo que ella no veía a los intrusos, éstos no la pudieran ver a ella. Hubiera querido desaparecer, desintegrarse en ese espacio siempre tenebroso que la envolvía.

La actitud violenta de los intrusos hizo reaccionar al perro que, desgraciadamente, estaba más entrenado para lazarillo que como vigilante; no obstante, su espíritu de perro defensor de su amo y de la casa del amo, le hizo lanzarse sobre los intrusos con fuertes ladridos. Pero le salió mal, lo mismo que a «Lucky», el perro del taller artesanal. Uno de los palos del *nunchaku* le dio en la cabeza, con tal violencia, que el animal cayó pateando y retorciéndose.

Entonces, el otro asaltante lo atenazó entre los dos palos del *nunchaku,* sujetos por una cadena en su extremo, y así comenzó a cerrar los dos palos, de modo que fue asfixiando al noble animal.

— ¿Qué le pasa a mí perro? —rugió Frank.

El otro oriental se adelantó y le propinó un *shotei-uchi* en el mentón. El golpe con el *tenar* de la mano derribó a Frank nuevamente sobre la butaca.

— ¡Quietos o terminaréis como los perros!

— ¡No, nos hagan nada, nada! —suplicó mistress Priscila, al borde de la descomposición total.

—De modo que vosotros dos no sois ciegos, ¿eh? —preguntó el coreano, encarándose con mistress Priscila y míster Gordon.

—Por favor, no hagan nada, pagaremos —dijo míster Gordon.

—Bien, bien, es lo que deseaba saber.

—No pagaremos —puntualizó, entonces, Frank.

— ¿Cómo? —preguntó el oriental volviéndose hacia él mientras su compañero dejaba ya al perro inerte y hacía voltear uno de los dos palos del *nunchaku* sujetándolo por el otro palo.

—Por favor, Frank, recapacita —le pidió Gordon.

—No pagaremos —repitió firme.

—Lo... lo pensaremos... —advirtió Joseph.

—Tenéis muy poco tiempo para pensar.

— ¿Cuán...cuán...cuánto tiempo? —preguntó una voz desconocida para todos.

Se volvieron hacia la puerta y los que podían ver quedaron asombrados, pues ni Joseph, ni Frank ni la dulce Jennie podían intuir quién acababa de entrar.

En el umbral de la puerta, con la oscuridad del jardín a su espalda, estaba un japonés alto, gigantesco, dos metros diez de estatura reforzados por ciento ochenta kilos de peso. Un japonés que había sido campeón de sumo, la lucha deporte nacional del Japón y había practicado kempo en Tailandia. También sabía utilizar los afilados *shuriken,* los discos o estrellas metálicas arrojadizas, con terrible y escalofriante habilidad.

Sin embargo, aquel japonés tenía un aspecto bonachón, casi beatífico. Siempre sonreía gentilmente y su cerebro era una computadora capaz de competir con las computadoras electrónicas fabricadas por sus compatriotas.

Si aquel gigante japonés que contradecía el tópico de que los japoneses solían ser pequeños, tenía algún defecto, éste era que cuando hablaba un idioma que no fuera el japonés tartamudeaba ostensiblemente.

—A...ahora me dais los p...palitos y qui...quitecitos —pidió.

— ¿Quién eres tú? —inquirió uno de los intrusos, mientras hacía voltear uno de los palos de su *nunchaku.*

—Ricky.

— ¡Pues ahora verás tú, Ricky!

El coreano se lanzó contra Ricky y le descargó un golpe de *nunchaku* hacia abajo, como pretendiendo cazarle una rodilla; luego, su movimiento era ascendente para ir a encontrarle la cara; mas Ricky paró el golpe con su brazo.

El coreano trató de cerrar el *nunchaku* alrededor del propio brazo de Ricky como hiciera antes en torno al cuerpo del perro lazarillo, mas Ricky le descargó un puñetazo de kempo en el plexo solar que lo hizo volar por el aire contra la pared.

El otro asiático trató de golpear a Ricky y lo consiguió, mas Ricky, un experto en lucha, tensó sus músculos y el atacante lanzó un gruñido de dolor. Era como si hubiera golpeado una pared de hormigón.

—¡¡Kiaii!! —rugió el que antes se había recuperado, tratando de pinchar, con ambos palos sujetos del *nunchaku,* uno de los ojos de Ricky y así abrirle el cráneo por lo menos.

Ricky desvió el arma y lo cogió a él por la cintura. Lo elevó en el aire y comenzó a girar sobre sí mismo.

—¡¡Kiaiii!! —rugió el propio Ricky, lanzándolo como una hélice fuera de la casa.

El otro oriental, al ver que Ricky no era ningún caramelo, salió corriendo y los dos agresores se perdieron en la noche.

—Tran…trán…tranquilos, ya pasó todo… —les dijo Ricky, tratando de cerrar la puerta rota.

—Pero ¿quién es usted? —inquirió mistress Priscila sintiéndose muy pequeñita sentada en el sofá ante la corpulencia gigantesca del japonés.

—A…a…amigo de Savage. Me pidió que vigi…vigilara la casa.

—Gigantesco y tartamudo, pero bendita sea su presencia —suspiró míster Gordon—.

Aunque ahora no sé qué pasará…

Frank, haciéndose cargo de la situación, dijo:

—Pues que ya sabrán que no vamos a ceder. La guerra ha comenzado.

—Nos volverán a atacar —advirtió Joseph, pesimista.

Se abrió la puerta de nuevo y produjo un fuerte chirrido, ya que estaba rota y medio desencajada, todos volvieron a mirar hacia ella.

— ¡Savage!

— ¡Eh, Ricky! He visto a un coche huir a toda velocidad. ¿Ha habido visita aquí?

—Sí.

—Han matado a miperro —manifestó Frank, condolido—. ¿Será sólo el principio?

Savage se volvió hacia Joan y le preguntó, abiertamente:

— ¿Tú qué crees?

Ella se quedó pálida mirándole, sin saber qué responder.

—No sé —dijo al fin.

CAPÍTULO VIII

Joan respiraba larga y profundamente. Sentía que le faltaba el aire mientras atrapaba con sus piernas el cuerpo de Savage. Era como si temiera que se le escapara en aquellos precisos instantes.

Los labios del hombre la quemaban y en ocasiones le sorbían la respiración al besarla en profundidad cuando ella necesitaba mucho aire.

No había más luz que la que se filtraba por la persiana de la ventana, mas era suficiente para verse. Joan no quería demasiada luz, pero sí la que hiciera falta para que Savage pudiera contemplar su cuerpo pleno de voluptuosos y redondeados atractivos. Necesitaba estar segura de que lo atraía, de que lo enajenaba, aunque sólo fuera durante unos minutos, mientras la suave música ambiental se propagaba por la estancia y mitigaba sus suspiros.

—Acaríciame...

—Suave, relájate... El camino más largo lleva al lugar más hermoso.

Las pupilas de Joan se llenaron de chisporroteos, era como si de sus ojos brotaran las chispas que suelen dibujar en los *cómics* en las varitas de las hadas al conseguir un hecho maravilloso.

Vació hasta el último alvéolo de sus pulmones en un larguísimo suspiro y cerró sus brazos alrededor de la espalda desnuda, amplia y viril.

Pasó un minuto, cinco, diez...

Se escuchaba la música, habían cambiado las piezas pero el tono continuaba siendo el mismo.

— ¿Relajada? —preguntó Savage.

—Hum, hum —respondió en sentido afirmativo.

Savage se acercó a la; ventana, entraba aire a través de la persiana. Se colocó en la posición *sirshasana* de Yoga y quedó quieto, pies arriba y cabeza abajo.

— ¿Qué haces?

—Desplazo la sangre a mí cerebro.

— ¿Temes que se te quede más abajo, es decir, ahora más arriba? —se rio un poco Joan sentándose sobre la cama.

Le observó cogiéndose las rodillas con sus manos y apoyando su magnífico y cálido pecho sobre los muslos.

—Necesito tener la mente clara.

— ¿Por qué, no vas a dormir ahora?

—No.

— ¡Qué raro, dicen que os gusta dormir después de...! Bueno, ¿tú

no duermes nunca?

—A lo peor soy diferente, pero no hagas demasiado caso de lo que sale en las películas o en ciertos libros.

—Es posible. Dicen que Kennedy se quitaba las jaquecas acostándose con las mujeres más hermosas del mundo.

—No me extraña.

— ¿Lo apruebas?

—No apruebo ni desapruebo nada, mientras no se haga daño o coarte la libertad del prójimo.

— ¿Apruebas el adulterio?

—Ya te he dicho que no desapruebo ni apruebo nada. El amor es algo hermoso mientras no se ensucie.

— ¿Con dinero?

—Sí y con otras muchas cosas. Déjalo en interés simplemente.

— ¿Por parte de las mujeres o de los hombres?

—Por parte de ambos. El interés lo ensucia todo

—Eres un tipo excepcional, Savage, tienes un cuerpo perfecto. Si Miguel Ángel viviera, seguro que querría hacer una escultura tomándote por modelo.

—Constitucionalmente nací y me he criado sano; lo que hago de adulto es conservarme.

— ¿Con los métodos orientales?

—Sí, son magníficos; claro que tú, como mujer…

— ¿Crees que debería hacer alguna gimnasia?

—Gimnasia, gimnasia… Pienso que el yoga no te iría mal, tendrías una gran capacidad de recuperación y a ti, que estas en tensión, te hace falta.

— ¿Yo en tensión?

—Sí —asintió él con los párpados casi cerrados y siempre cabeza abajo y pies arriba en *sirshasana*—. Claro que tienes una gran cualidad.

— ¿Cuál?

—Verás, cuando te entregas en el amor te quitas toda clase de inhibiciones y eso es algo que no todos los humanos consiguen. Amar es olvidar problemas, es entregarse, es recibir, es muchas cosas, pero hay que dejar a un lado todas las preocupaciones que pueden cortar la hermosa travesía del amor. Tú te transformas desde el primer instante y por ello llegas al ansiado final, alcanzas el sol con tus manos y te abrasas dentro de él.

—Muy bonito; sin embargo, por tus palabras intuyo que hay un «pero», ¿verdad?

—Sí

— ¿Y me lo vas a decir?

—Es en tu vida normal, fuera del amor, aunque tu vida no tiene nada de normal. Estás muy tensa, tienes problemas.

—Todos los periodistas los tenemos.

—Joan, te he investigado.

— ¿A mí?

—Sí, a ti.

— ¡Qué tontería! ¿Y por qué crees que soy una *call-girl?*

—No, nada de eso, pero deseaba saber de ti. La verdad es que sospeché de ti desde el principio; he hablado con McMiller de ti y me dijo que estabas muy interesada en conocerme.

—Es cierto, no lo he ocultado.

—Demasiado interés es sospechoso, Joan. Luego hablé con Frank por teléfono y comprobé que él no te había contado lo sucedido en el taller de artesanos.

—Me lo explicó otro por teléfono.

—Sí, seguro, y no te acordarás de su nombre.

—Era un tal...

— ¿John?

—Sí, eso.

—Hay, por lo menos, cinco en el taller que se llaman John. Verás, yo no hago las cosas con tanta simpleza como pueda parecerle a ti, incluso te tengo fotografiada.

—No me digas... ¿Me has fotografiado también desnuda?

—No, no soy un chantajista. No se trata de vender tu fotografía a nadie, pero abre el cajón de la mesita.

— ¿Para qué?

—Ábrelo.

Joan estaba preocupada aunque trataba de mantenerse serena. Inclinó su hermoso y desnudo cuerpo hacia la mesita, abrió el cajón y sacó una fotografía. Encendió la lamparita y la miró. En ella aparecía una mujer, que era ella misma, con pelo oscuro y gafas.

— ¡No!

—Sí, es una fotografía retocada. ¿Qué te parece, coincide bien? ¿Qué crees que dirá McMonroe cuando la vea?

— ¡Eres un demonio, Savage! —exclamó ella, comprendiendo que de nada iba a servirle echar a correr hacia la puerta, desnuda como estaba. Por otra parte, si Savage quería alcanzarla, no llegaría lejos.

—McMonroe nos relató su visita a esa falsa oficina que le habían preparado para tenderle una trampa.

Savage hablaba despacio, sin titubear, en un tono calmado y armonioso que no transpiraba agresividad. Aquello hacía que Joan siguiera sobre la cama con la fotografía entre sus dedos.

—Sí, recuerdo que le preguntaste por el personal de la oficina.

—Y él los describió. Incluso se le escapó una mirada hacia ti y antes había dicho que te conocía de alguna parte, pero no recordaba de dónde. Era lógico, la peluca, las gafas... ¿Te he dicho que en la oficina abandonada encontré un botellín de tinte para las cejas?

—No.

—Pues sí e imagino que lo utilizaste para oscurecer tus cejas y darles el mismo tono de la peluca. Luego retoqué la foto y sólo me falta enseñársela a McMonroe. ¿Crees que la identificará enseguida?

— ¿Te estás burlando de mí?

—No, sólo trato de llegar a la verdad. Si sospechaba de ti no iba a contarte todo lo que hacía al investigarte.

—Y si me crees una criminal, ¿por qué me has amado como lo has hecho? Te he creído sincero.

—Lo he sido totalmente en el amor. Verás, Joan, pienso que no estás totalmente corrompida; creo que eres una ingenua y te han debido prometer algo para que ayudes a esos criminales.

—Tú lo sabes todo, ¿verdad?

—No deduzco hasta que llego a la verdad. ¿No se te ha revuelto el estómago cada vezque tus amigos han cometido un crimen?

Joan escondió la cabeza entre las rodillas y sollozó.

—Eres muy joven, Joan, y has creído vivir una gran aventura. ¿Para llegar a dónde?

—No lo sé, no lo sé.

— ¿Conocías todo el plan de ese Lee, desde el principio?

—No, te lo juro. Cada cosa que hace Lee es una sorpresa para mí.

— ¿Tiene un *yawara?*

— ¿Qué es eso?

—Un bastoncito corto y grueso como un amuleto, con una cabeza de dragón en cada extremo.

—Sí, sí lo tiene, pelea siempre con él.

—Entonces, Lee pertenece a la Secta del Dragón Bicéfalo.

—No lo sé.

—Yo lo deduzco. Está claro, todo es una trampa.

— ¿Una trampa? —preguntó con los ojos empañados en lágrimas.

—Sí, una trampa para matar a Savage.

—No es posible.

—Sí lo es. La Secta del Dragón Bicéfalo es una organización criminal de sicarios a sueldo, que actúa con ese *yawara* que no deja huellas y las muertes aparecen como accidentes. Ellos cobran por cada muerte que llevan a cabo, pero su principal objetivo soy yo, Joan.

—No lo sabía.

—Lo creo. A ti también te han utilizado, eres una ingenua. Ellos

han tratado de eliminarme en varias ocasiones, pero les está costando mucho conseguirlo y, ahora,por lo visto, me han preparado una complicada trampa para hacerme caer en ella sin que yo sospechara que ellos venían a por mí Era lógico que si una joven y bella periodista pedía mi colaboración para ayudar a unos invidentes extorsionados por unos criminales, yo no me iba a negar. Han complicado, incluso, a McMonroe, para que cuando yo caiga él quede como posible culpable y el nombre de la Secta de Sicarios no aparezca por ninguna parte. Para un fiscal será fácil suponer que se trataba de extorsionar y echar a los artesanos de aquel solar y que McMonroe se lo pudiera vender a una financiera cuyo nombre no aparece por ninguna parte porque, supuestamente, ha sido muy cauta. En cambio, de salirle todo rodado a Lee, nadie pensaría que una organización criminal había conseguido su objetivo eliminando al número uno de su lista negra.

— ¡Qué complicado es todo esto, Savage, qué complicado! Reconozco que he sido manejada sin saberlo, aunque también confieso que soy culpable. Yo sabía lo que les había ocurrido a los artesanos ciegos y seguía con Lee, en vez de decírtelo a ti todo o acudir a la policía. La verdad es que yo creía que Lee pretendía hacer un negocio con el solar.

—Lo que tú debiste tener fue miedo al conocer los hechos, y ya no supiste volver atrás, pero has sabido disimularlo muy bien, Joan, muy bien.

Rompió la *sirshasana* de yoga, recuperó su postura normal y avanzó hacia la cama. Se sentó en ella y cogió a Joan por la cara. Estaba empapada en lágrimas y entonces le dijo:

— ¿Ves cómo el yoga y el amor van muy bien para pensar?

— ¡Eres un demonio, Savage, un demonio maravilloso! Creo que cuando me lleven a la cárcel no te podré olvidar jamás.

—Todavía no has ido a la cárcel. Tu arrepentimiento es algo tardío, pero ha llegado; ahora, si quieres ayudarme...

CAPÍTULO IX

El cielo era un tupido manto de terciopelo negro plagado de brillantes lentejuelas. La luna no se veía por parte alguna, era como si se hubiera escondido en algún túnel oscuro del firmamento o hubiese caído tras los acantilados. Todo era real o irreal a la vez.

Los ojos luminosos del auto perforaban las tinieblas de aquella carretera olvidada y llena de baches que se acercaba a los acantilados y luego huía de ellos internándose entre una vegetación rala, entre unos árboles esqueléticos y escasos de hojas. Después, volvía a acercarse al océano y de no haber oído el viejo motor del «Ford» de Joan, lleno de arañazos y oxidaciones, habrían podido escuchar el oleaje del océano estrellándose contra las rocas de unos acantilados que no se veían por falta de luz, mas la amanecida no estaba lejos. No tardaría en salir el sol por detrás de las montañas e iría iluminando el océano que ahora parecía negro, siniestro, para darle un colorido preñado de azules con pinceladas verdosas.

Joan apartó su mirada de los lugares que los faros barrían con su luz y observó a Savage.

—No lo hagas, Savage, no lo hagas. —era como una súplica.

—Tengo que hacerlo.

— ¿Por qué? Puedes, puedes…

— ¿Huir?

—Bueno, no lo llames huir, di retirada.

—No. Ese Lee y sus secuaces ya han hecho mucho daño, tengo que hacerles frente.

—Te matarán. —no había vacilaciones en la voz de Joan al advertirle de cuál sería el fin del desafío.

—Puede, nadie es inmortal.

— ¿No temes morir?

—Agarrarse a la vida con desesperación es fruto de una reacción instintiva, no razonable. Cuando nacemos sabemos que tenemos que morir, nadie escapa a la muerte.

—Pero si se acortan las vidas.

—Eso sí; sin embargo, la muerte, por más que la rechacemos, nadie puede evitarla, tarde o temprano nos sumergimos en sus enigmáticas simas. Partiendo de esa base, se puede hacer mejor frente a la propia muerte. Por más que la esquivemos no escaparemos a ella y muchos de los abusos que se cometen en nuestro inundo están basados en fomentar el amor a la vida, en vivir el máximo posible y al precio que sea, incluso a costa del prójimo. Entonces, el ser humano se convierte en juguete de su prójimo, si éste decide amenazarle de alguna

manera. No, no hay que dar un paso hacia atrás cuando se lucha por algo justo, cuando la razón está de nuestro lado, cuando no dañamos al prójimo sino todo lo contrario. Lee quiere matarme y, para conseguirlo, no vacila en atacar y dañar a seres pacíficos y trabajadores que se hallan en inferioridad de condiciones No, no puedo rehuirle.

—Tú solo no podrás con ellos, cuando aparezcas te matarán.

—No lo creo. Lee tiene la gran oportunidad de su vida.

— ¿Cuál?

—Matar a Savage con sus propias manos. Si lo consigue, será un gran triunfo que él cree que lo convertirá en famoso. Quiere ese éxito que quizá le valga convertirse en jefe de la Secta del Dragón Bicéfalo.

—Pero ¿quién es el jefe ahora?

—No lo sé, creo que nadie, es como un cáncer que alimentan los que me odian, los que odian a Liberty Garden, los que no quieren que la luz y la verdad resplandezcan en los medios de opinión pública. Dictadores, déspotas multimillonarios, sociedades anónimas, multinacionales, mafiosos; hay de todo. Ellos alimentan ese cáncer. Yo he visto desaparecer a jefecillos de esta secta de sicarios pero siempre aparece otro en alguna parte. Es una red extendida por todo el mundo, y entre sus miembros hay gentes de todas las razas.

— ¿Y mujeres?

—También. Ese Lee está ansioso por medirse conmigo; está tan seguro de sí mismo, de su propio poder, que exigirá una pelea limpia entre él y yo.

—Es muy peligroso, yo le he visto matar.

—Sí, ya me contaste lo de los tres pendencieros de muelle; ellos no cuentan, no sabían nada de las Artes Marciales Orientales.

—Iban armados con navajas —puntualizó Joan.

—Ni aun así; hay una gran diferencia entre quien está preparado con las Artes Marciales Orientales y quien no lo está. Ni el mejor de los boxeadores que hacen rugir al público del Madison Square Garden de New York ni el mismísimo Cassius Clay vencerían a un buen budoka, ni siquiera cargándose los guantes con plomo para duplicar el poder de su pegada.

—Sois muy especiales los que practicáis esas Artes Marciales.

—Nos entrenamos desde pequeños. Constancia, sacrificio, dedicación, sólo así se consigue ser un buen budoka. Otra cosa es ir a un *aojo* para recibir simplemente clases de defensa personal. Por lo que me has contado de ese Lee, él no es de esa clase, es un sujeto muy seguro de su poder, sólo que ha tomado el camino del mal, el camino de la arrogancia, del desprecio hacia sus semejantes. Por eso necesita matarme con sus propias manos y no consentiría jamás que sus hombres me dispararan. Tiene que hacerlo él, estoy seguro de que

actuará en esa forma.

—Lo dices como si lo conocieras de antiguo.

—Me ha bastado con lo que tú has contado, Joan. No te preocupes, todo saldrá bien — le dijo palmeándole el muslo para infundirle confianza sin dejar de controlar el volante, con la zurda—. Has hecho bien tu papel de intermediaria. Le has comunicado a Lee que lo desafiaba, limpia y abiertamente, y estamos de acuerdo la cita se acerca.

—Parecéis seres de otro mundo, es como si no pertenecierais a la civilización occidental del siglo XX.

—Aunque manejamos coches, aviones, submarinos, no somos tan diferentes a nuestros ancestros de siglos atrás. Nuestras pasiones, nuestros vicios, virtudes, cualidades o defectos, siguen siendo los mismos.

Los faros bombardearon la chapa de un automóvil azul oscuro, sus cromados relucieron.

Savage detuvo el viejo «Ford» y apagó sus luces, al igual que estaban apagadas las luces del «Lincoln» continental.

—Han llegado ellos primero —comentó Joan.

—Sí, estarán esperando.

— ¿Y si nos disparan ahora? —preguntó la joven, inquieta.

—No lo harán, no te preocupes, ya te he dicho que Lee desea vencerme, quiere ese triunfo para sí. Sabe que otros antes que él lo han intentado ya.

Joan le vio desvestirse y sacar su judogi morado violeta de una bolsa deportiva en la que introdujo toda su ropa incluidos los zapatos.

— ¿Irás descalzo?

—Sí, será una lucha en toda regla.

En la espalda del judogi de Savage destacaba el pensamiento en color oro, la flor del pensamiento que siempre dedicaba al viejo enfermero de las Air Forces que va no era enfermero sino enfermo, recluido en un hospital psiquiátrico de San Diego. La flor de los samurais era la del cerezo, pero la flor particular de Savage era el pensamiento dorado.

—Savage, tengo miedo; te matará, sé que te matará.

—Si consigue matarme, sólo te pido una cosa.

— ¿El qué?

—Que vayas a la policía *y* les cuentes todo lo que les sucede a los artesanos ciegos. Ellos necesitan protección

—Te juro que si te matan, si te matan… —Tuvo que callarse, estaba al borde del sollozo. Era indudable que se había enamorado de Savage como jamás antes pensara que podía ser el amor.

—Sé que lo harás. Mira el cielo, clarea, es la amanecida.

Efectivamente, no se veía el sol, pero por el oeste, el cielo se tornaba grisáceo y no tardó en asomar tímidamente un arco anaranjado. Aquel instante, en que el sol naciente comenzaba a apoderarse de la tierra, aquel instante de belleza secular que al paso de los milenios seguiría repitiéndose invariablemente, día a día, era el instante de la cita, del desafío de dos hombres que iban a luchar a muerte en una explanada que terminaba con un corte limpio en el acantilado. Abajo, rocas y el océano batiendo siempre agresivo, como si le hubieran enjaulado y ansiara escapar.

M. P. Savage abrió la portezuela del viejo «Ford» y salió del vehículo.

Algo más lejos, la figura de Lee abandonaba el lujoso «Lincoln» continental. Alto, fuerte, de aspecto mogólico, vestido con judogi negro y cinturón rojo, con su tino bigote en forma de herradura...

Los dos hombres se observaron a distancia, había una treintena de metros entre ambos.

Savage observó que Lee llevaba en su mano el temido *yawara* con la doble cabecita de dragón de afiladas aristas, el arma preferida por los sicarios de la secta, y con la que los karatekas partían cráneos sin dejar señales de arma blanca. Un occidental no podía llegar a comprender el daño que un karateka producía empleando la pequeña arma, pero

Savage sí lo sabía.

Moses P. Savage, con los pies desnudos, se alejó del viejo «Ford» caminando hacia la explanada que en media circunferencia quedaba cortada en el vacío. No había árboles ni arbustos, era como una plataforma suspendida sobre el mar, un lugar idóneo paraadmirar la belleza del agua o la salida del sol que se estaba produciendo en aquellos instantes.

Lee hizo lo propio y ambos luchadores se situaron a unos diez pasos el uno del otro. Se miraron y Savage cruzó sus brazos entrando en meditación Zazen. Preparó sus nervios y sus músculos para la lucha, ahuyentó el miedo que podía llegar a brotar en los instantes en que fuera golpeado hasta la trituración de los huesos. Se mentalizó para el gran desafío que debía llevar a cabo.

Lee semejó aceptar aquel momento de meditación y el, por su parte, efectuó varias respiraciones lentas, muy lentas; también sabía que delante no tenía a un novato. Tenía a la pesadilla de la Secta del Dragón Bicéfalo... El mismísimo Lee había montado toda la tramoya atacando, incluso, a los artesanos ciegos para provocar a Savage y llegar a tenerlo delante como en aquel momento. Le había salido bien y si exterminaba al Star Budoka, seguro que se convertiría en el primero de la Secta del Dragón Bicéfalo, todos lo admirarían cuando se corriera la voz.

—¡¡Kiiiiiaaaaiiii!!

Lee lanzó su estremecedor kiai. Fue un verdadero rugido que pudo llegar a sobrecoger a las mismas olas del mar que batían muy cerca bajo ellos.

M. P. Savage se adentró en las profundidades del kung-fu. Ya no tenía que pensar; cada uno de sus movimientos debía ser instintivo, no había tiempo para razonar, para pensar. Había llegado el momento de actuar y en el arte del kung-fu se adentró en la idiosincrasia del leopardo en lucha.

Tendió su brazo izquierdo con su mano en lanza hacia delante mientras su codo derecho se doblaba hacia atrás con el *tenar* de su mano, listo. Su cuerpo se hallaba equilibrado cuando Lee se alzó en el aire como provisto de alas para caer sobre él, deseando descargar sus garras sobre el cráneo de su enemigo, mientras el sol se hacía más y más redondo, como si quisiera presenciar aquella lucha ancestral que, a lo largo de los siglos, semejaba repetirse, porque los hombres siempre habían estado luchando unos contra otros y no habría filosofía ni religión que impidiera que la humanidad continuara peleando, porque jamás el bien y el mal habría de desaparecer de los espíritus humanos.

Cambió de posición, esquivó con la cabeza y con el *tenar* de su mano derecha desvió la mano armada con el *yawara.* Lee, aún en el aire, se revolvió con la garganta todavía enronquecida por su kiai y consiguió alcanzar con un talonazo el omóplato de Savage, derribándole.

Lee tuvo que rodar sobre sí mismo, y, al reincorporarse, Savage ya se había repuesto del golpe encajado.

—¡¡Kiaaaaiii!!

En esta ocasión, Savage también lanzó su kiai.

El kiai de Savage sólo lo pudo captar Lee, que trataba de autoensordecerse con su propio kiai y los dos luchadores se encontraron, cambiando algunos golpes. Savage, con su técnica del kung-fu, en la idiosincrasia del leopardo en pelea, le propinó un zarpazo al cuello.

Sus dedos se hundieron en él y al sacarlos, tenía sangre, mas Lee no estaba vencido, aguantaba.

Siguieron intercambiando golpes. Savage tuvo que encajar, en su costado, otro golpede *yawara,* aunque lo que buscaba Lee era el cráneo de su adversario para rematarlo de un mazazo.

Parecía que Lee iba a conseguir asestar el golpe final, el golpe letal, pero Savage se dejó caer hacia atrás, como un verdadero leopardo, actuando con sus pies y sus manos al mismo tiempo.

Para escapar a los zarpazos mortales en su vientre, Lee se lanzó de costado.

Los dos hombres luchaban con técnicas muy habilidosas utilizando el máximo de posibilidades, con una fuerza que semejaban robar a la tierra misma. El sol ya se había despegado de la línea del horizonte, Ambos jadeaban y, en los respectivos coches, las mandíbulas de los espectadores estaban prietas, en tensión, observando la fantástica pelea entre dos luchadores tan excepcionales. Muchos *dojos* se habrían empeñado por tener una película de aquella pelea al borde del acantilado, mientras el sol nacía y se elevaba, camino de su esplendor.

—¡¡Kiaaaaiii!!

Lee volvió a volar profiriendo su vociferante kiai. En esta ocasión lanzaba su pie izquierdo por delante, pero la que estaba lista era su mano derecha armada con el *yawara* para cuando pasara por encima de la cabeza de Savage asestarle el mazazo definitivo que habría de darle la victoria. Mas, las manos de Savage, en forma de zarpa, lo agarraron en el aire. Volteó sobre su pie derecho elevándose también en el aire con Lee encima de él y sacando toda la fuerza de su *Ki,* toda la fuerza que los occidentales ignoraban que podía conseguir un hombre, lo lanzó más allá de sí.

—¡¡Aaaaaaaaaggggg!!

Lee desapareció, por el acantilado volando hacia las rocas que abajo esperaban.

Savage, llevado por su propio impulso, quedó con una rodilla en tierra al borde del mortal abismo cuando sonó un largo claxonazo de alarma.

Sus oídos aún estaban ensordecidos por el rugido de Lee al verse vencido, abocado hacia la muerte. Joan le estaba avisando con el claxon y tuvo tiempo para volverse y ver que el «Lincoln» rodaba hacia él, para arrollarle y enviarlo también al abismo.

—¡¡Kiaiiii!!

Su kiai hizo que el chófer oriental quedara agarrotado al volante sin saber cómo reaccionar mientras Savage se alzaba en el aire, saltaba sobre el capó y daba una voltereta completa sobre el techo del automóvil. Cayó al otro lado del coche mientras el lujoso «Lincoln» se precipitaba al vacío con las ruedas girando en el aire Después se escuchó el gran estrépito al chocar contra las rocas.

Savage quedó en el suelo buscando aire, cerrando los ojos y sabiendo que el sol, menos naranja, le estaba mirando, cuando Joan llegó a su lado.

—Savage, Savage, ¿estás bien?

—Sí, sí, estoy bien…

Quince minutos más tarde, Savage, en silencio y observado por Joan, había montado su cometa voladora que situó al borde del acantilado. Se volvió hacia la joven para decirle:

—Yo de ti, me marcharía y trataría de comenzar de nuevo. Olvídate de todo lo que has vivido; en mi opinión has sabido arrepentirte de lo que hiciste.

—Pero ¿adónde te vas?

—Adonde me esperan.

—Savage, no me dejes, no me dejes…

—Tú puedes seguir sola, Joan. ¡Adiós!

Cogido a la cometa voladora, se lanzó al abismo, mas no llegó a tocar las aguas porque la cometa se remontó majestuosa.

Joan, con sus ojos color de melocotón empañados de lágrimas, le vio alejarse como un gran pájaro morado violeta que volaba hacia el interior del océano. Ella, que deseaba retenerlo, ya no podía alcanzarlo, estaba sola al borde del acantilado. Allí no había nada más que ella y su viejo «Ford» como si hubiera vivido una gran y violenta fantasía.

Savage voló sobre el mar como un enorme pájaro basta que, al fin, divisó una lancha que había sido tiburonera. Desde el barquito parecieron verle a él porque hicieron sonar su bocina *y* Savage comenzó a descender en círculos como si fuera una gaviota gigantesca que tratara de pescar un gran pez.

Al fin amaró, quedando bajo la cometa. Se zambulló en el agua y se acercó, nadando, a la lancha pilotada por su amigo Ricky.

—Savage, Savage, ¿estás bien? —preguntó ansiosa, Jennie, la hermosa joven ciega.

—Sí, estoy bien, todo ha terminado; ya no debéis temer nada y tampoco nada tendréis que explicar a la policía si no lo deseáis. Palabra que no habrá reportaje, todo seguirá igual para vosotros.

—Gracias, Savage —le dijo Frank, emocionado.

Joseph, que había estado reticente, también mostró su gratitud.

—Muchas gracias, Savage.

—Bueno, Jennie, para ti todo no seguirá igual, si dejas que te lleve a Liberty Garden.Allí te encontrarás a ti misma y olvidarás lo sucedido.

—Sí, sí, llévame a tu Liberty Garden.

—Ya has oído, Ricky, da la vuelta a este cascarón, tenemos mucho viaje por delante.

Savage se volvió hacia la costa que era ya una fina línea Allí, en alguna parte, debía seguir Joan. Estaba seguro de que ella también sabría encontrarse a sí misma.

F I N



¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

Impreso en España